

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

Año 17. — N° 301.

## SUMARIO

Inauguracion de las estatuas de Montaigne y Montesquieu en Burdeos; grabado. — El asno cojo. — Revista de Paris. — Ferro-carriles de Victor-Manuel; grabados. — Perforacion de los Alpes; grabados. — La feria de las vanidades. — Marsella; grabados. — La mujer. — La fiesta de Piedigrotta en Nápoles; grabado. — Un jefe de oficina árabe; grabado. — La Bolsa de Lille; grabado. — Recuerdos de Castillo. — El niño huérfano. — Boletín científico. — Monumento conmemorativo de la batalla de Saint-Cast, en Francia; grabado.

## Inauguracion

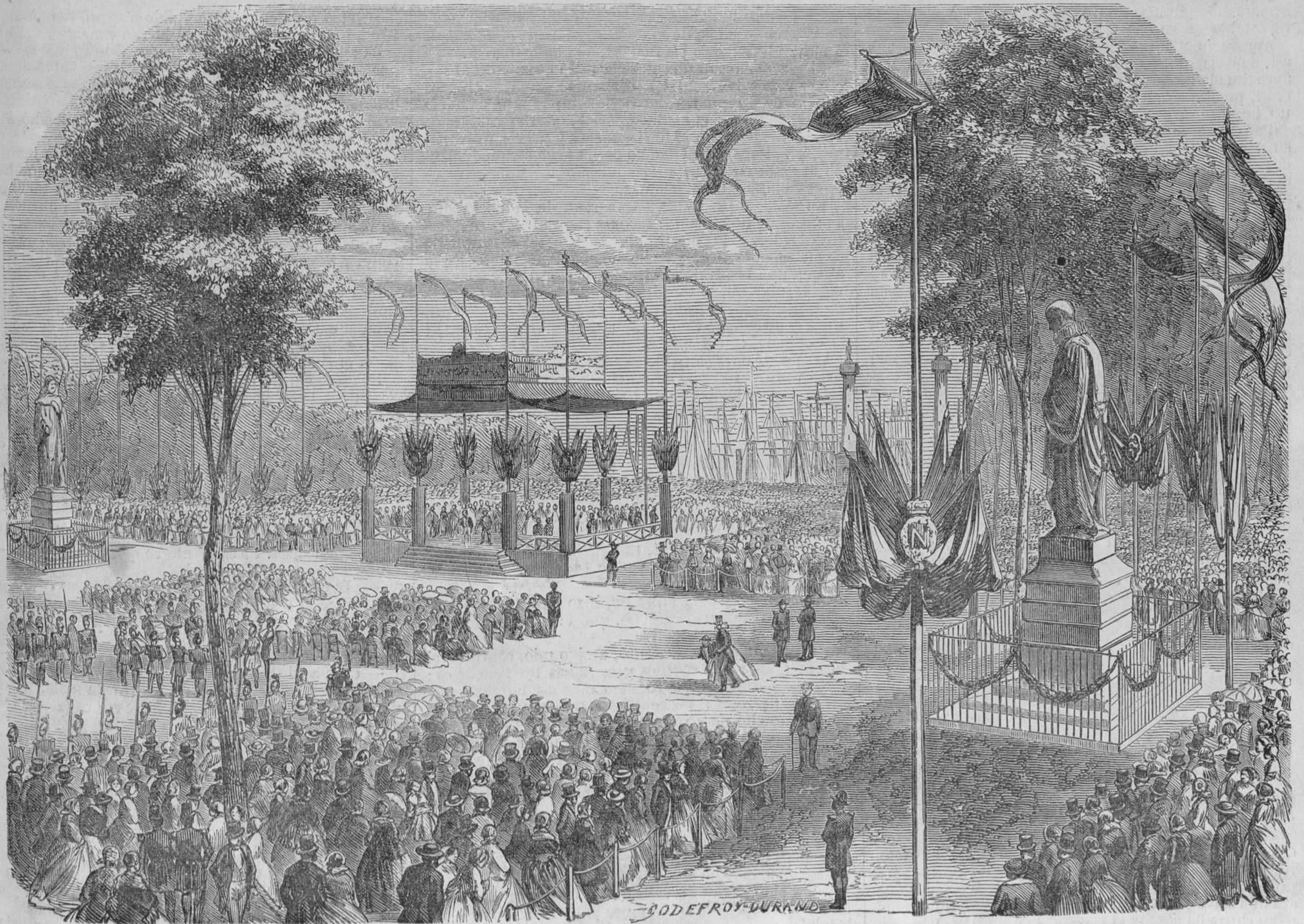
DE LAS ESTATUAS DE MONTAIGNE Y DE MONTESQUIEU EN BURDEOS.

El 5 de setiembre á las dos del dia tuvo lugar en Burdeos la inauguracion de las estatuas de Montaigne y de Montesquieu en la vasta plaza de Quinconces. Habiase levantado en el centro de esta plaza un elegante pabellon, entre las estatuas de los dos grandes hombres, adornado con banderas y escudos con la cifra imperial. La plaza estaba rodeada de palos venecianos donde ondeaban banderolas con los colores nacionales.

En el estrado reservado á las autoridades estaban el prefecto con los miembros del consejo de prefectura, el alcalde y sus adjuntos, los miembros de la Academia de Burdeos y de las Facultades, así como otros muchos funcionarios públicos. Tambien se veian bastantes convidados.

Tres discursos notables se pronunciaron en esta inauguracion; el primero por M. Gautier, alcalde de Burdeos; el segundo por el abate Cirot, presidente de la Academia de ciencias, bellas letras y artes de Burdeos, y el tercero por el prefecto.

La ceremonia se terminó á la una, y la numerosa



INAUGURACION DE LAS ESTATUAS DE MONTAIGNE Y DE MONTESQUIEU EN BURDEOS.



muchedumbre que cubría la vasta plaza de Quinconces, se retiró apresuradamente para sustraerse á los rayos de un sol ardoroso.

## EL ASNO COJO

NOVELA ORIGINAL

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

### CAPITULO I.

ORESTES Y PILADES.

El día 31 de marzo de 1768, á las cinco y media de la tarde y algunos minutos, si no mienten los datos que hemos reunido, leído y meditado antes de tomar la pluma para borrar la relación que nos ocupa; en tal día y tal hora, repetimos, se veían dos seres vivientes caminando trabajosamente hacia Madrid, y ya muy cerca de esta imperial y coronada villa, sobre el camino que hasta ella se extiende via recta desde Aranjuez.

En tal camino, que no podía calificarse entonces como carretera ni como de herradura, estaba, á pesar de su proximidad á la corte, desierto y abandonado como uno de los muchos que atraviesan á Zahara, y que solo se revelan á veces por las huellas de alguna caravana, aunque en este profundos carriles, impresos en el fango de una manera reciente, mostraban que durante el día había sido concurridísimo, y que la proximidad de la noche era la causa de su soledad y abandono.

El sol, ocultándose á la sazón en los confines de la Mancha tras las distantes cumbres de Sierra Morena, la alumbraba con sus últimos y débiles rayos casi horizontales, y prolongaba á larga distancia las sombras de algunos altos y despojados álamos; ya cerca y al fondo, tras el viejo puente de Toledo, se veía á Madrid, herido de lleno por la luz occidental y recortado de una manera enérgica sobre un oscuro celaje al sudeste, cargado de nubes, tras las cuales se levantaba lentamente la noche.

Cerca del puente, en una rotonda natural rodeada de árboles y cubierta de yerbas, excepto en el diámetro en que la cortaba el camino, se detuvieron los dos seres vivientes de quien hemos hecho mención como al impulso de una misma voluntad, aunque con distintos objetos: el uno levantó su cabeza inclinada y meditabunda hasta entonces para mirar á Madrid, y el otro bajó hasta tocar la yerba, y empleó en ella sus hambrientas mandíbulas de un modo bastante á probar lo respetable de su hambre.

Aprovechando nosotros este momento, por decirlo así, de descanso, procuraremos dar al lector una idea aproximada de la semblanza de estas dos existencias; eran, preciso será decirlo, un asno viejo montado por un hombre joven.

Pero aquel hombre y aquel asno eran, cada cual en su género y en la situación en que los encontramos, dos tipos originales: el hombre poseía un cuerpo mediano, prolongado por dos largas piernas que colgaban á plomo, con las puntas de los pies casi tocando al suelo en su abandonada posición á burro en pelo; sus brazos largos también estaban así mismo caídos, al mismo tiempo que el perfil de su cabeza se levantaba mirando al frente en un ángulo de cuarenta y cinco grados en relación con la línea entrante de su cuerpo dejado en toda su gravedad sobre el afilado lomo del borrico.

El semblante de este hombre era pálido, pero con esa palidez que caracteriza los temperamentos nerviosos: su frente adelantada y ancha, frente de pensador; sus cejas horizontales en su nacimiento y arqueadas en su extremidad fruncidas de una manera sombría, y adelantadas sobre unos ojos grandes y negros, rasgados, algo salientes y de mirada fija; su nariz afilada y recta, terminando sobre un bigote fuerte y poblado, y bajo el bigote una boca cuyo labio inferior, un tanto grueso y adelantado, copiaba algo ese tipo particular y marcado de las bocas borbónicas; la línea de este semblante era oval, y se veía coronado por una cabellera dividida en la parte anterior por dos bucles anchos y canutidos sobre cada sien, y atada en la posterior en el nacimiento de una coleta trenzada con un lazo negro.

El traje de este hombre consistía en un sombrero triangular de los que se conocen bajo la denominación vulgar de tres caudiles, una casaca verde de largos falzones, con collarín, solapas y carteras blancas sujetas por anchos botones dorados en los que se leía al rededor de una corona real este lema: Cazadores del Rey núm. 1.º de línea: los calzones eran también blancos, y sobre ellos, llegando hasta cuatro dedos mas arriba de la rodilla, se abrochaban, cubriendo en su parte inferior unos gruesos zapatos, dos polainas de paño negro.

Pero sombrero, casaca, calzones, polainas y zapatos estaban de una manera imprescindible existiendo un reemplazo; es decir, se hallaban grasientos, raídos, descoloridos y acuchillados de una manera lastimosa.

El jumento (oiga en gracia su descripción el lector) era un bicho casi diáfano por flaco, exánime por viejo, humilde y aplomado como todo burro que ha dado sus primeras quince yerbas á un trabajo asiduo y pesado; era una cabalgadura segura, si bien de lento y desigual paso, capaz de agotar la paciencia de un flamenco. En

cuanto á traje asnal, no podía notarse en él otro mas que su piel rucia, pelada á trechos, y surcada en muchas partes por hondas cicatrices causadas sin duda por el yerro de algun albeitar de lugar.

En fin, con la misma homogeneidad de voluntad que había presidido á su detención, ginete y cabalgadura dejaron á un tiempo de mirar y de comer. El joven volvió á inclinar su cabeza meditabunda, y el asno se puso en marcha en dirección al cercano Madrid, dando un traspíe á cada paso y procurando obedecer á la amistosa invitación de su ginete.

— Aprisa cuanto puedas, un poco mas aprisa, amigo Pilades.

Por la frase anterior se viene en conocimiento, aunque parece monstruoso, que hombre y asno eran respectivamente entre sí Orestes y Pilades.

Fuese por costumbre, fuese cediendo al impulso de la voz que le excitaba, el asno pretendía avivar su marcha; pero ¡empeño inútil! un traspíe mas pronunciado que los anteriores venia á ser el resultado de su obediencia. El asno era cojo, y cojo de una manera perceptible.

Así es que el cazador del Rey creyó oportuno, si llegar quería antes de la noche á la puerta de Toledo, aliviar á Pilades del peso de Orestes, y echó, no sin algun trabajo, pié á tierra, poniéndose á caminar no de un modo mas rápido delante de su cabalgadura.

Entonces pudo notarse una circunstancia que en cierto modo disculpaba la aplicación del nombre de Pilades al jumento: el cazador del Rey era también cojo.

Por dicha suya nadie había en el camino que burlarse pudiera de la coja pareja, que con una lentitud admirable llegó al fin al puente de Toledo.

Pero el asno había agotado sus fuerzas, y estaba escrito, como dicen los árabes, que aquel debía ser el fin de su carrera; dobló las rodillas, inclinó la cabeza y se dejó caer pesadamente en tierra.

— ¡Dios de Dios! exclamó el joven cazador del Rey dando una fuerte patada en tierra con la pierna que le quedaba sana, que era la derecha; hé aquí á Pilades que se muere cabalmente cuando va á tocar el fin de su peregrinación; hé aquí el asno que ha medido heroicamente las Españas con su pata coja, desde el campo de San Roque hasta las puertas de la imperial y coronada villa de Madrid: esto es un mal presagio: yo soy también cojo, y como él y no con menos fatiga he hecho la misma caminata; es cierto que el fin de mi peregrinación es mas noble, mas alto é indudablemente mas bello; ¿pero quién sabe si al llegar á él no caeré de bruces como este malhadado jumento, á quien es preciso conceder cierto parecido con la suerte mia?

Mientras esto decía el joven, ponía en juego cuantos medios estaban á su alcance para colocar de nuevo al asno sobre sus tres piés útiles, pero era esto superior á las fuerzas humanas: el paciente animal, paciendudo y terco como los de su especie, se había abandonado á la mas terrible de las fuerzas, á la de la inercia.

El cazador tornó una mirada llena de aliento al sol, cuyos rayos horizontales tocaban la azulada y opaca silueta de los montes del Occidente; la luna se había levantado ya en el confin opuesto, y frias ráfagas de viento arrastraban ante sí gruesos y negros nubarrones, y agitaban el esqueleto de los árboles, produciendo al pasar entre sus ramas millares de silbidos semejantes á los de las serpientes.

En vista de sus inútiles esfuerzos, de la noche que avanzaba y de otras mil razones respetables para nuestro cazador, dejó de estimular la pereza ó el cansancio de su cabalgadura, y se irguió en el ademan del que adopta una resolución extrema; pero antes de abandonar al jumento, se tornó á él con una gravedad extraña y le dirigió, acentuando un tanto sus palabras y con un síes no es de conmoción, el razonamiento siguiente:

— Pilades: tres meses han pasado desde el día en que al salir del campo de San Roque, apoyado en un bastón, te ví rodeado de muchachos que te llevaban á una muerte innoble: uno de ellos te conducía tirando de una sogá, á cuyo extremo estaba atado tu pescuezo largo y flaco estirado por aquella fuerza brutal; tú le seguías cojeando; los muchachos cantaban un coro infernal; el hombre á quien habías servido en tu lozana juventud y en tu fatigado otoño, iba detrás armado con la cuchilla del sacrificio: los hombres son muy ingratos, Pilades, y tú ibas á ser una mas entre las numerosas víctimas de su interés siempre mezquino; bien lo sabes, á no ser por mí, tus huesos blanquearían ya después de haber sido roída tu carne por los perros, los cuervos y las liebres.

El asno, cansado y enfermo, hizo con la cabeza una inclinación de arriba á bajo, que el orador tomó por una contestación afirmativa.

— Eres un asno de talento, amigo mio, continuó el joven, puesto que conoces y confiesas los beneficios; esto no es comun: yo conozco muchos hombres que los niegan; nuestras situaciones respectivas tenían y tienen mucho de parecido: yo, pobre como tú, hijo de la naturaleza como tú, dejado como tú á una suerte miserable, había abandonado algunos años antes de la época de nuestro encuentro, el techo donde había dormido los sueños de mi infancia; había ido á ponerme bajo los pliegues de la bandera española, de estudiante me había convertido en soldado; quería hacer fortuna, porque amaba á un ángel; tú no entiendes esto, Pilades; pero el amor es un azar en la vida del hombre, un segundo destino que le arrastra con una fuerza superior á sus medios de resistencia, que le transforma, y que á veces hace de un hombre vulgar un héroe ó un bandido.

El joven tornó á Madrid sus grandes y elocuentes ojos, como si á través de sus tapias que se han empuñado algunos en llamar muros, y del revuelto laberinto de sus casas, hubiera pretendido ver la mujer de sus amores. Después de un momento de silencio continuó:

— Sufrí la vida abyecta del soldado, las soeces burlas de mis camaradas que me odiaban porque no podía avenirme con su método de vida; al fin me hicieron cabo, y me respetaron porque tenía poder para castigarlos; luego fui sargento; me elevaba lentamente, porque estábamos en paz. La guerra con los ingleses vino á alentar mi ambición. La guerra es la suerte del soldado valiente; ella puede elevarle, al par que diezma á los que, ocupando puestos superiores, impiden el adelantamiento de los otros. Yo escuché lleno de entusiasmo el primer estampido del cañón británico, y me lancé al combate lleno de fuerza y de vida y de fe.

Llegó el sitio de Gibraltar; nuestra columna de granaderos, Pilades, se lanzaba á aquella roca desnuda erizada de bocas de fuego con un valor que horrorizaba; todos cayeron; la flor de la juventud, millares de hombres que se arrojaban á la muerte, pensando tal vez en llegar á ser capitanes para unirse á sus queridas; todos cayeron sobre su lecho de soldados cubierto por un mar de sangre.

La memoria de sus compañeros exterminados por el cañón inglés hizo brotar una lágrima á los ojos del joven cazador.

— Fue una jornada terrible, amigo mio, continuó dominado por aquellos recuerdos sin notar que el sol había desaparecido, y que las nubes empezaban á arrojar una lluvia menuda y fria; fué un día terrible. Detenida la columna de granaderos, se mandó avanzar á la de cazadores: mi compañía fué la tercera que subió al asalto, los fusiles á la espalda y las manos y los piés en las rocas; tronaba el cañón, silbaba entre nosotros la metralla; envolvíanos una atmósfera de humo y fuego, y los cazadores como los granaderos caían barridos por la metralla, como esas últimas hojas secas que arranca de los árboles el viento del otoño.

Yo subía y animaba á mis compañeros, trepaba con ardor por la escarpadura, y procuraba estar entre los delanteros para ser el primero que pusiese el pié sobre los baluartes.

De repente una doble descarga de fusilería y artillería cayó sobre nosotros; rodaron los primeros y me arrastraron en su caída desde una altura formidable; cerré los ojos, di un grito y sentí un golpe terrible que me hizo perder el sentido. Cuando volví en mí estaba en el hospital de San Roque con una pierna rota.

Apenas sané, quedando cojo, me dieron mi licencia por inútil, un uniforme viejo y 50 reales para volver cojo y desesperado á la casa de donde había salido joven y lleno de esperanzas.

¡Oh! si mi piel hubiera valido algun dinero como la tuya, indudablemente me hubieran muerto.

— ¡Porque te llevaban á morir, continuó el cazador haciendo en su razonamiento una transición extraña, para aprovecharse de tu piel, pobre Pilades, que yo rescaté por un ducado!

El asno acabó de inclinar la cabeza y se tendió á la mortecina cuan largo era.

— ¡Extraño es que yo dirija la palabra á un jumento viejo y moribundo! pensó el joven; quien me hubiera oído me hubiera llamado imbécil; los hombres no conciben hasta dónde extravían los sufrimientos, y en verdad que soy un loco; pero esto no impide el que yo tenga compasión de un ser viviente, dotado de instinto, y que relativamente á su especie ha sido para mí un buen compañero, manso y dócil. La noche se acerca y necesito llegar pronto á Madrid; tengo presentimientos de que al llegar me esperan sucesos extraños.

En aquel momento un carretero que venia de la villa precediendo el lento paso de sus bueyes, llegó cantando hasta el sitio donde el cazador estaba con el asno.

Una idea surgió en la imaginación del joven.

— ¡Eh, buen hombre! le dijo; ¿á dónde va Vd.?

— A Pinto, contestó el carretero.

— Pero la noche será oscura y fria, y va Vd. á llevar un mal camino; ¿no sería mejor que esperase Vd. en cualquiera de los mesones de las afueras?

El carretero frunció el gesto y contestó al cazador:

— Militar, cada cual tiene contados sus reales y no me conviene. Quede Vd. con Dios.

El cazador detuvo al carretero y le mostró cuatro duros mejicanos. El carretero se quitó su ancho sombrero.

— ¿Es eso para mí, señor? dijo.

— Sí, pero con una condicion.

— ¿Cuál?

— Cuidar de este jumento hasta mañana.

— Pero, señor, si este burro no vale dos reales.

— Cada cual tiene sus manías.

— Vaya en gracia, nada tiene esto de malo, y para un hombre con mujer y cuatro hijos nunca está de mas una ganancia.

Y tomó el dinero.

— ¿Dónde va Vd. á parar?

— En la posada de Franco, que tiene buen vino.

¿Le ha probado Vd., señor?

— No: quede Vd. con Dios. Cuide Vd. el jumento, y hasta mañana.

El joven cazador se alejó cojeando y no muy deprisa con dirección á la puerta de Toledo. El carretero quedó junto á Pilades dando vueltas á su sombrero, y mirando alternativamente al asno, los cuatro duros y al joven con la expresión estúpida de los campesinos.

— ¡Vaya un Dios! dijo murmurando en voz baja.



Aquí debe haber brujería, pero yo no he hecho ningún trato con el diablo; si este burro ó sá como son hechiceros, con llevar el jumento á la cuadra de Francho y esperar hasta mañana, he cumplido.

Luego se acercó á Pilades, le asió brutalmente por el rabo, le dió un puntapié y logró ponerlo sobre sus tres patas.

Un cuarto de hora despues Orestes llegaba á la puerta de Toledo, y Pilades á la de uno de los mesones que, como ahora, existian ya cerca del puente sobre el camino de Aranjuez.

CAPITULO II.

ENTREVISTA, JURAMENTO Y FUGA.

Estamos en un gabinete del cuarto principal de la casa núm. 120 de la calle de Atocha, en la imperial y coronada villa de Madrid, á la hora de oscurecerse del mismo día en que Orestes llegaba á Madrid y Pilades quedaba encargado al carretero manchego.

La decoracion y mueblaje del gabinete eran ricos y de buen gusto; el techo estaba pintado al fresco, representando alegría, las paredes entapizadas con cuero de Rusia, y el pavimento cubierto con una alfombra fabricada muchos años atrás por los moriscos de Granada. Al fondo habia un canapé de caoba y terciopelo: los sillones eran del mismo género; modificaba la temperatura ya fria del otoño una enorme copa de bronce; por último, retratos y cuadros de historia de los mejores pintores nacionales se veian aquí y allá en el mas estudiado desorden sobre la tapicería.

Todo era allí bello, pero todo palidecia ante una mujer, que á la luz de un velon de plata aparecia indolentemente reclinada en un ángulo del canapé, y acariciaba distraida á un precioso perrillo faldero. Hemos dicho que era una mujer, y debimos haber dicho que era una niña á quien la naturaleza habia privilegiado dándole todo el desarrollo de la edad adulta, sin robar á su semblante ni uno solo de los hechizos de la adolescencia.

Blanca, rubia, esbelta y perfectamente modelada, con hermosos ojos garzos, boca diminuta y purísima, semblante oval y redondo seno, hubiera podido creérsele la realizacion de una virgen de hermosura casi divina, soñada por Rubens.

Pero á pesar de la pureza de sus formas, de la candida expresion de su rostro, no se encontraba ya en él el alegre descuido, la paz profunda, el reflejo de los pensamientos de color de rosa de la infancia; por el contrario, se veia retratado en él la tristeza, la inquietud, el desasosiego que comunmente aparecen en el semblante de una niña contrariada en sus primeros amores.

No podia dudarse que era rica y pertenecia á la primera nobleza á juzgar por lo elegante de su traje, por su ademan distinguido y la pureza de las formas de sus pequeñas y lindísimas manos, en que no habia dejado impresa su huella el trabajo.

Se ocupaba en pensar, se fastidiaba pensando, y el fastidio le arrancaba ténues suspiros.

Estaba sola.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

El juéves de la semana última entró en casa del famoso armero M. Devisme un caballero de unos cuarenta y cinco años, de buena presencia, de estatura ordinaria y de buenas carnes. M. Devisme no le habia visto nunca, pero al punto adivinó que era un tendero de Paris de los que se dan por aficionados á la caza.

— ¿Usted desea sin duda comprar alguna escopeta de caza? le preguntó el armero.

— ¿Y cómo lo sabe Vd.? preguntó nuestro hombre.

— Lo adivino... Además, la cosa es fácil viéndole á Vd.

— ¿De veras? ¿Tengo aire de cazador?

— Seguramente, y se conoce á la legua; el paso firme, la costumbre de adelantar un poco el brazo izquierdo, la mirada rápida...

— Me confunde Vd... Quisiera que lo oyera mi señora, que dice á todo el mundo... ¡Ah! M. Devisme, si pasa Vd. alguna vez por mi barrio, celebraria recibirle á Vd. en mi casa.

Y al decir esto, le entregó una tarjeta donde estaban las señas de su tienda de comestibles.

— Me hace Vd. mucho honor, respondió M. Devisme tomando la tarjeta.

Con semejante personaje el armero habria podido abusar de la situacion, y venderle el objeto que deseaba adquirir, en un precio elevado; pero no es hombre para hacer esto.

— ¿Quiere Vd. ver escopetas? le preguntó.

— No señor, tengo cinco.

— ¿Una carabina?

— Tengo dos.

— ¿Una bolsa de caza?

— ¡Oh! las poseo á montones.

— Entonces, hágame Vd. el favor de decir lo que desea.

— Desearia hablar con Vd. en secreto.

Al oír estas palabras M. Devisme se apresuró á llevar al comerciante á la trastienda; le presentó un sillón, y sentándose enfrente de él, le dijo:

— Hable Vd. pues.

— Está Vd. viendo en mí, exclamó el tendero, una víctima

de la pasion de la caza, no sé si diga un mártir. Hace veinte años que renuevo mi licencia; hace veinte años que me proveo de todo lo necesario para un cazador; hasta poseo una coleccion de libros sobre la caza... Y sin embargo, quiero hacer á Vd. una confesion penosa, pero que probablemente pondrá fin á tan triste situacion... me sonrojé... se va Vd. á reír de mí... no le hace; este secreto me oprime el corazon y voy á confiárselo á Vd. prometiéndome que de Vd. me vendrá el remedio.

— Veamos.

— Salgo de caza hace veinte años, y en todo este tiempo no he podido...

— ¿Matar una sola pieza?

— ¡Ay! lo que tengo que decir es mas humillante para mí... no me ha sido posible resolverme á tirar un tiro.

— ¿Qué dice Vd.?

— La pura verdad.

— ¿Y qué hace Vd. en la caza?

— Corro las liebres, me embriago persiguiéndolas... apunto... y me falta siempre valor para apretar el gatillo.

— Pero en fin, ¿qué causa...?

— La causa es un miedo invencible, lo confieso con vergüenza, un terror que no puedo dominar, que se hace superior á todas las consideraciones. La pieza asoma, apunto, y bajo la escopeta... Ya conoce Vd. que mi pasion es bien desgraciada.

— El lance es increíble; ¿qué teme Vd.?

— Creo que al primer disparo reventará la escopeta.

— Yo dispararé ese temor.

— ¡Ah! no me habia engañado.

— Si señor, yo tengo escopetas que no reventarán.

— Pero es que yo tambien las tengo magníficas.

— No le hace...

— En fin, acudo á Vd. para que me cure este miedo ridiculo que me infunde una cobardia estúpida y que aumenta mi pasion á la caza, cosa mas singular aun. Así es que el día en que me decida á tirar un tiro, conozco que habré llegado al apogeo de la felicidad, habré conquistado mi propia estimacion... ¿Comprende Vd. lo que digo?

— Si señor, respondió el armero, y ha hecho Vd. muy bien en haber venido á verme; yo seré su médico de Vd., y le prometo pronta y completa curacion. Por supuesto, ¿Vd. saldrá siempre solo cuando va de caza?

— Claro es.

— ¿Y trae Vd. algunas piezas?

— No podria pasar por otro punto... las compro...

— Entiendo.

— Así es que mi mujer, mis hijos, mis vecinos, todo el mundo me cree un cazador extraordinario... ¡Y hace veinte años que vivo disimulando así!... ¡Oh! ¡qué tormento!

— Vamos, cálmese Vd., repuso M. Devisme, yo haré de Vd. un buen cazador.

— ¿Cómo pagar á Vd...?

— Viniedo á comer conmigo algunas piezas de las que matemos juntos.

El comerciante rebotando de júbilo aceptó el convite de M. Devisme, que le invitó á pasar el domingo próximo en su casa de campo, donde se propone comenzar el tratamiento anunciado.

Van llegando á Paris algunas de las personas que han pasado el estío en las casas de baños y en el extranjero. Entre los viajeros que han recorrido las márgenes del Rhin, hay uno que ha traído una curiosa coleccion de leyendas de las cuales daremos á conocer á nuestros lectores la siguiente; es relativa al castillo de Stolzenfels, y con dificultad podria encontrarse otra mas misteriosa.

El 17 de agosto de 1851 el rey de Prusia habia ido á pasar el día y la noche al castillo de Stolzenfels.

Habian dado las doce hacia tiempo y el rey se hallaba retirado en su habitacion, cuando de repente en medio del silencio de la noche se elevó pura y vibrante una voz en medio de la selva, y se oyó un lied aleman, uno de esos preciosos poemas que constituyen la parte mas original de la poesia lirica de los alemanes.

El rey muy conmovido con aquella voz sorprendente, corrió á la ventana y distinguió una aparicion singular.

Delante del balcón y encima de una roca escarpada rodeada de árboles frondosos, estaba de pié una mujer vestida con largos ropajes blancos, como un espectro ó como un espíritu sobrenatural.

Esta mujer parecia ser hermosa, y su forma se dibujaba con una gracia suave sobre el fondo oscuro de la selva.

Cantó un gran rato cada vez con mas pureza y gracia.

El cielo habia estado sereno hasta entonces, pero de pronto comenzó á encapotarse. La luna de tiempo en tiempo, medio velada por nubes ligeras que el viento movia rápidamente, dejaba caer sobre la cantatriz-fantasma sus rayos pálidos y melancólicos; en el horizonte el cielo se habia puesto negro, comenzaban á brillar algunos relámpagos, y se oía el ruido sordo del trueno, orquesta imponente y poderosa que acompañaba el canto de la desconocida, poniendo mas en evidencia la hermosura de su voz y su talento celeste.

El rey, enagenado con el espectáculo que tenia á la vista y con la serenata sobrenatural que le daban, aplaude con frenesí, y despues llama á un edecan, y le manda que corra á buscar á la maravillosa cantatriz y la introduzca en el castillo.

Varios edecanes se apresuran á cumplir la orden; registran por todas partes, escudriñan detenidamente los barrancos, las rocas y el monte; pero su investigacion no produce ningún resultado; la cantatriz se habia desvanecido, la dama blanca habia tomado la forma de alguna flor silvestre.

En aquel momento la tempestad rompe con furor é interrumpe las investigaciones.

Sin embargo, el rey no podia olvidar la misteriosa aparicion de Stolzenfels, hablaba de ella sin cesar, y mandaba buscar por todas partes á la cantatriz nocturna; pero cuantos pasos se dieron para descubrirla fueron infructuosos.

Dos años despues el rey estaba en Potsdam, y acababa de acostarse y soñaba con su misteriosa cantatriz, cuando de repente en medio del silencio oyó la voz de la hada que se elevaba otra vez fresca y sonora.

Corrió á la ventana y la vió; allí estaba la sirena nocturna, la cantatriz mas extraordinaria que habia oido en su vida.

El rey, ardiendo en deseos de verla de cerca, da nuevamente la orden de que corran á buscarla y la introduzcan inmediatamente en su aposento.

A pesar de las órdenes, á pesar del ahinco con que la persiguieron, tampoco esta vez pudieron apoderarse de la cantatriz velada, que como espacio se habia desvanecido en el antes.

El rey de Prusia estaba desesperado con la torpeza de su servidumbre, y aun principiaba á tener dudas; se persuadia mas y mas cada vez de que la cantatriz era un fantasma que se evaporaba cuando querian acercársele.

Pero no hablaba de otra cosa; día y noche pensaba en la hada del canto; sobre todo por la noche á cada instante creia oír su hermosa voz que se elevaba al cielo.

Un día por acaso llegó á saber que la hada era una simple cantatriz con un apellido italiano.

Al punto el monarca envió á la cantatriz una hermosa alhaja como recuerdo; esta joya, acompañada de una carta escrita en los términos mas lisonjeros, representa una lira de oro y de diamantes, sobre cuyas cuerdas se extiende una estrella de diamantes.

Hé aquí ahora la historia de la misteriosa cantatriz.

Hace algunos años una señora de la alta sociedad parisienese, una señora de las mas elegantes, una reina de la moda, vino á perder su fortuna que era muy crecida, y resolvió consagrarse al arte. Tenia una voz magnífica; en su adolescencia habia recibido lecciones de Donizetti, de quien fué la única discípula, y partió para Italia á fin de perfeccionarse en la música para poder abrazar despues la carrera del teatro.

En Italia se conquistó muy luego una gran reputacion, y entonces vino á Francia donde ya la habia precedido su fama.

Pero en Francia su hermosura, su distincion y su talento la expusieron á persecuciones interesadas tan tenaces, que la obligaron á renunciar al teatro.

No obstante adquirió grandes triunfos en los conciertos que se dieron en Paris en aquella temporada.

El nombre de teatro de esta señora del gran mundo era Fanny Oldi.

Un ajuste para el teatro de Berlin debia haber seguido al regalo de la joya de que acabamos de hablar; pero á consecuencia de una intriga tramada contra la jóven no llegó á firmarse la escritura.

El rey la oyó otra vez en un concierto que se dió en la corte, y la regaló un rico brazalete de diamantes.

Esta fué la última vez que pudo oirla.

Fanny Oldi atacada de una enfermedad cruel, tuvo que salir de Berlin, para ir á fijar su residencia en un clima mas templado. El rey no se ha olvidado de ella, y aun en el día á pesar de su mal estado de salud se complace á menudo en recordarla.

MARIANO URRABIETA.

Ferrocarriles de Víctor-Manuel.

En nuestro número 248 dimos cuenta de una ceremonia real que tenia por objeto la colocacion de la primera piedra del puente de Culoz construido sobre el Ródano, y destinado á reunir los ferrocarriles italianos con los franceses. Esta obra inmensa se ha terminado ya; acabamos de atravesar el río y la frontera de Francia sin advertirlo en otra cosa que en la visita de la aduana sarda.

La construccion de este puente internacional ha sido costeada en comun por las compañías francesa y sarda. El puente es una obra atrevida que presenta particularidades muy curiosas. El Ródano, en el lugar que ocupa, se dividia en dos brazos, y tenia una anchura de 800 metros. Por medio de unos diques formando calzada obligaron al río á cambiar de madre, y á contentarse con un solo canal de 200 metros. ¿Le bastará esto? Primero se estableció el puente en seco sobre guijarro; descansa en las extremidades en dos estribos de fábrica, y en su longitud en cuatro espolones formados cada uno con tres tubos de fundicion. Estos tubos, que tienen 3 metros de diámetro, están á 10 metros bajo el agua y á 8 metros sobre el agua; fueron sumergidos por medio del aire comprimido que rechazaba el agua en tanto que los obreros trabajaban en seco en el fondo como en campanas de buzo. Las obras han sido ejecutadas por M. Huet, ingeniero de la compañía de Lion á Ginebra. La compañía Víctor-Manuel, encargada del tablero, adoptó el sistema americano de enverjado de hierro.

Una vez al otro lado de la frontera atravesamos los pantanos de la Chatagne, dejando las montañas del Jura á nuestra izquierda, y llegamos á la estacion de Chatillon, la cuna del papa Celestino IV y el retiro del poeta Lamartine, celebrado en su *Rafael*; allí escribió sus *Meditaciones*.

El panorama es tan hermoso, las montañas tan imponentes, que el ferrocarril, al contornear las márgenes del lago y al atravesar el flanco de las rocas, aumenta la hermosura de las líneas. No puede darse un camino mas pintoresco.

Las obras dirigidas por M. Linnell hacen mucho honor á su energía y saber de ingeniero. Sin embargo, debemos decir que las torres que están á la entrada de los tuneles son un tanto mezquinas, y que hay exageracion en la altura de los rails en las curvas.

A. R.





1. Hautecombe. 2. Puente de Culoz. 3. Chatillon. 4. Estacion de Culoz. 5. Vista del lago del Bourget. 6. Aduana sarda. 7. Gruta de Rafael. 8. Vista general de Aix. 9. El Pico del Gato.





PERFORACION DEL MONTE CENIS. — INSTALACION DE LAS PRIMERAS OBRAS.

**Perforacion de los Alpes.**

Atravesar los Alpes por el monte Cenís, por el Simplon ó por el San Godardo, no es un viaje que se ejecuta indiferentemente. Pocos hay que resistan al espectáculo mas imponente que puede presentar la naturaleza; en todo caso es un trayecto penoso y á veces peligroso. Sorprende pues que hasta ahora no se haya ocurrido la idea de abrir una galería que permita pasar á través de esas inmensas murallas que separan la Francia de la Italia; se han necesitado intereses poderosos para que los hombres de Estado se ocupen de esa cuestion importante.

Si se examinan los valles del Doire y del Arco que corren paralelamente, el primero del Poniente al Levante, y el segundo del Levante al Poniente, se notará que esos dos valles se encuentran en cierto punto al mismo nivel, y que ese punto corresponde al sitio mas estrecho de la cordillera de los



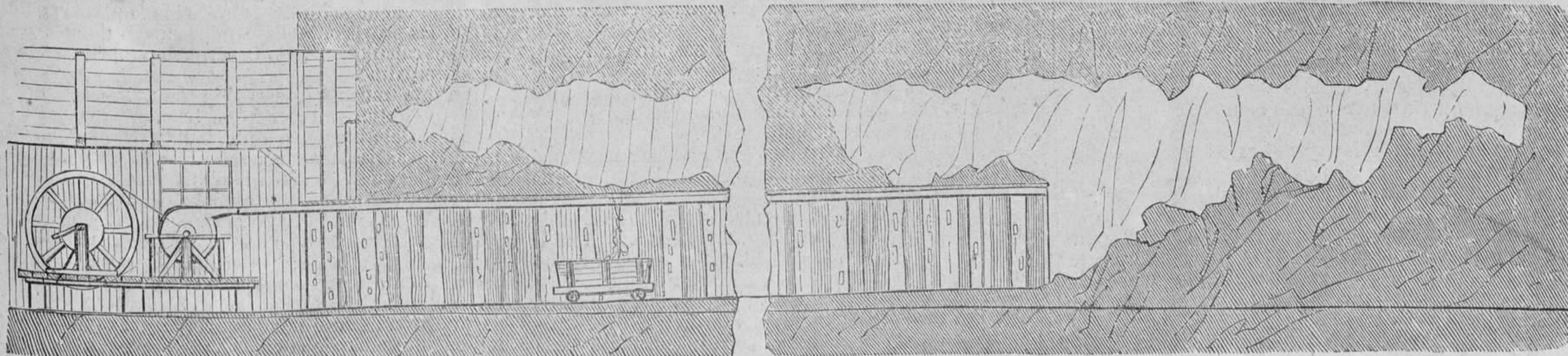
PRIMERAS OBRAS DE PERFORACION DEL TUNEL.

Alpes sobre la línea mas directa de Paris á Turin. Por eso una galería que uniera esos dos valles tendria fácil acceso por el lado del Piamonte y por el lado de la Saboya, y no presentaria mas que un declive insignificante.

La indicacion de este paso es debida á M. Medail, que publicó hace unos veinte años una Memoria para probar que el único punto abordable para la travesía de los Alpes era de Modane á Bardoneche.

Ahora hay que tratar la cuestion de las máquinas que deben emplearse para ese trabajo gigantesco. M. Mauss ha inventado un perforador muy notable. Esta máquina, movida por ruedas hidráulicas cuyo movimiento trasmite por medio de cuerdas y garruchas, tenia por objeto separar la piedra en capas horizontales, que en seguida debian ser arrancadas por medio de cuñas para practicar la galería (1).

(1) Daremos á nuestros lectores, en uno de nuestros pró-



PERFIL DE LAS PRIMERAS OBRAS DE PERFORACION DEL MONTE CENIS.



Como hemos dicho en nuestro número 248, el gobierno sardo se ha decidido por el proyecto de abrir una galería que debe tener dos pendientes, una hacia Bardoneche y otra hacia Modane, para la salida de las aguas por ambos lados. La entrada meridional de la galería sería de 1,324 metros sobre el nivel del mar; la entrada meridional por el lado de Modane sería de 1,190 metros; el punto culminante en medio de la galería se hallaría á 1,335 metros sobre el nivel del mar.

En la construcción de los tuneles para los ferro-carriles, cuando las galerías no son muy profundas, se practican de kilómetro en kilómetro unos pozos que bajan hasta el nivel de la galería que hay que ejecutar, á fin de multiplicar los trabajadores en muchos puntos y acelerar la marcha de las obras.

Esto es imposible en el monte Cenís, pues se trata de practicar una galería de 13 kilómetros que se halla á unos 1,600 metros bajo la cumbre de la montaña. Así pues, es preciso abrir solo por las extremidades. No pudiendo trabajar mas que en dos puntos, se necesitaria mucho tiempo para esta perforación; y aun cuando la mecánica no hubiera ofrecido ningun medio de acelerar la perforación, la habrían emprendido sin duda, si no se hubiese presentado otra dificultad, la ventilación.

Procediendo por los medios empleados hasta hoy, se habrían necesitado treinta y cuatro años para atravesar la montaña; pero tres ingenieros sardos han imaginado un sistema completo que responde á todas las exigencias; celeridad en las obras, seguridad y salubridad para los obreros en las galerías.

Vamos á ocuparnos hoy del estado actual de los trabajos que acabamos de visitar, por un privilegio particular que nos ha sido concedido. A pesar de las dudas del vulgo, la visita nos ha convencido de que la operación se terminará con feliz éxito. Está probado ya que el aire comprimido puede servir no solo para la perforación de las rocas, sino tambien para ventilar los talleres abiertos en el centro de la montaña.

Los perforadores mecánicos hacen agujeros de minas 15 á 20 veces mas pronto que por los medios ordinarios. Esto está consignado en los informes de las operaciones practicadas ya.

Diremos dos palabras sobre el modo de proceder. Se principia por excavar la galería pequeña que debe tener una sección de 2 metros y medio de altura. Los perforadores están colocados en el fondo, y una vez ejecutados los agujeros de minas por esos instrumentos, se cargan las minas cuya explosion es determinada por la chispa eléctrica; la limpieza de las materias desprendidas por la explosion se ejecuta inmediatamente, y á 200 metros del fondo de la pequeña galería hay obreros que la ensanchan y forman la sección grande.

El tercer dibujo indica la situación presente de las obras; está ya formada la galería pequeña, y el principio de la galería se halla casi todo en grande. Como la profundidad es de 200 metros, un ventilador movido por un hombre basta para llevar por un conducto instalado bajo la galería pequeña, el aire que necesitan los trabajadores, y para ahuyentar los gases que producen las explosiones sucesivas de las minas.

Los ingenieros que dirigen estas obras han probado que era fácil producir mediante sus poderosas máquinas una perforación de 3 metros por día á cada lado de la montaña; lo que daría 6 metros diarios y reduciría el término de la obra á seis años. Aunque haya equivocación, si dentro de ocho ó diez años están concluidos los trabajos, se habrá hecho una economía de tiempo considerable.

A. R.

## LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY

(Continuacion.)

Las personas estaban reunidas en el salon; las viejas charlaban á su lado; y las niñas de la casa, despues de hacer mil esfuerzos inútiles para arrancar una palabra á su hermano, entraron en el capítulo de las modas y hablaron de su última recepción en la corte.

Jorge hallaba aquella palabrería insoportable. Y luego, ¿quién podía compararse allí con Amelia? ¿quién tenía su suavidad angelical, sus gracias modestas, su voz dulce y melodiosa?

Miss Swartz estaba justamente sentada en el puesto que ocupaba Amelia; sus manos, cubiertas de joyas, se extendían en abanico sobre su vestido raso amarillo; sus broches y pendientes lanzaban resplandores rutilantes, y sus ojazos parecía que se iban á precipitar de sus órbitas. Demostraba en toda su persona una satisfacción que quería decir á todo el mundo: «¡Admiradme!»

Las dos hermanas decían que el raso la sentaba á las mil maravillas.

Jorge decía para sí: — Parece un mandarin chino. Sin embargo, logró dominar su mal humor.

Sus hermanas comenzaron á tocar la *Batalla de Praga*. — Me machacan los oídos con esa horrible música, exclamó Jorge exasperado; ¿queréis volverme loco siempre con lo mismo? Mejor sería que miss Swartz nos cantara alguna cosa.

ximos números, los dibujos de estas máquinas que se emplean en las perforaciones de los Alpes, y entonces daremos tambien las correspondientes explicaciones.

— ¿Qué deseáis?

— Lo que gustéis, excepto la *Batalla de Praga*.

— Elegid entre *Maria la de los ojos azules*, ó el aire del *Canastillo*.

— Es muy bonito el aire del *Canastillo*, dijeron en coro las dos hermanas.

— Sí, pero le he oído mucho, exclamó Jorge.

— Cantaré *Río del Tajo*, dijo miss Swartz; pero me falta la letra.

No habia mas piezas en el repertorio de la jóven.

— Sí, sí, *Río del Tajo*, exclamó miss María, tenemos la romanza.

Y fué á buscar el cuaderno de música que la contenía.

Ahora bien, esa romanza, muy á la moda entonces, habia sido regalada á las dos hermanas por una de sus amigas, cuyo nombre estaba escrito en la primera página.

Miss Swartz recibió de Jorge grandes aplausos.

Era efectivamente una de las romanzas favoritas de Amelia, y no lo habia olvidado.

La heredera, esperando sin duda que la pedirían su repetición, jugaba con las hojas del cuaderno de música, cuando sus ojos hallaron el nombre de Amelia Sedley escrito en la cubierta.

— ¿Quién es esta Amelia? exclamó miss Swartz volviéndose hacia las hermanas. ¿Es la que estaba en casa de miss Pinkerton? ¡Ah! ¿dónde vive? ¿está buena?

— No repetáis ese nombre; su familia es bien culpable. Su padre ha abusado de la confianza del nuestro, y en cuanto á ella, su nombre no se pronuncia en esta casa.

María Osborne se vengaba de este modo de la salida de su hermano acerca de la *Batalla de Praga*.

— ¿Sois amiga de Amelia? exclamó Jorge incorporándose en el sofá; Dios os lo pague, miss Swartz; no creáis lo que os digan mis hermanas, nada puede decirse contra ella, es la mejor...

— Ya sabéis, Jorge, que no debéis hablar de esa manera, exclamó Jane espantada, papá lo prohíbe.

— Que me lo impidan á mí, gritó Jorge furioso; quiero hablar de ella, quiero decir que es la mas hechicera y la mejor de cuantas mujeres hay en el mundo. Que su padre haya quebrado ó no, mis hermanas no son dignas de desatar los cordones de sus zapatos. Si la estimáis, id á verla, miss Swartz, hoy que no tiene amigos, y repito que Dios bendecirá á los que la conserven algun afecto. Todo el que hable bien de ella es amigo mio, y el que hable mal es mi enemigo. Gracias, gracias, miss Swartz

Y se levantó, y la estrechó la mano.

— ¡Ah! Jorge, exclamó una de sus hermanas con voz suplicante; ¿qué estáis diciendo?

— Digo que daré las gracias á todo el que sea amigo de Amelia Sed...

Y dejó por concluir la palabra. El viejo Osborne estaba en el aposento con el rostro lívido de ira; sus ojos injectados de sangre brillaban como dos ascuas.

Aunque Jorge se detuvo, la sangre le hervía en las venas, y todos los Osborne de la tierra no le habrían hecho retroceder un paso. Dominando muy luego su emoción, respondió á la mirada amenazadora del anciano con una ojeada en que se pintaba tan bien su resolución irrevocable, que este cortado á su vez llevó los ojos á otro lado; habia conocido la resistencia y comprendía que la lucha era en lo sucesivo inevitable.

— Mistress Haggistoun, vuestro brazo para ir á la mesa; dad el vuestro á miss Swartz, Jorge, dijo á su hijo.

Y se pusieron en marcha.

— Miss Swartz, decía Jorge, amo con todo mi corazón á Amelia, y estamos prometidos uno al otro desde la infancia.

Durante la comida Jorge habló con una alegría que irritó extraordinariamente á su padre. Habriase dicho que se complacía en amontonar las nubes para la tormenta que debía estallar cuando se marchasen las señoras.

Peró habia una diferencia entre los dos campeones, á saber: que el padre se ponía furioso, en tanto que el hijo conservaba la sangre fria y la claridad de pensamientos que faltaban al viejo, hallándose armado así no solo para el ataque sino para la defensa.

No le inquietaba nada la batalla, y comía con mucho apetito esperando la señal para principiar la pelea.

El viejo Osborne, por el contrario, se hallaba dominado por una agitación nerviosa. Mas de una vez perdió el hilo de sus ideas en su conversacion con sus vecinas, y la calma de Jorge le encolerizaba hasta el extremo. Por fin se hallaron solos.

Despues de haber exhalado un suspiro profundo, M. Osborne comenzó la carga:

— ¿Cómo os atreveis á pronunciar delante de miss Swartz y en mi salon el nombre de esa muchacha? ¿Podeis explicarme semejante osadía?

— Cuidado con los términos que empleáis, exclamó Jorge; esa palabra *osadía* no suena bien en los oídos de un capitán del ejército inglés.

— Supongo que mi hijo no me dictará la elección de mis palabras; cuando yo quiera, no quedará un chelín en su bolsillo, y se quedará tan pobre como un pordiosero; hablaré como mejor me parezca.

— Aunque soy hijo vuestro, soy noble, respondió Jorge con altanería. Lo que queráis decirme, las órdenes que me tengais que dar, deben estar dictadas por la política que tengo derecho para exigir de vos.

Cuantas veces tomaba este tono de arrogancia, el jóven oficial exasperaba y aterraba al padre hasta lo su-

mo. El viejo Osborne temia mucho en su hijo el uso del gran mundo y de los buenos modales que él desconocia completamente; por punto general incomoda mucho á un hombre ordinario el hallarse junto á una persona de gran tono.

— Mi padre no ha gastado para mi educación lo que me ha costado á mí la vuestra. No ha hecho los mismos sacrificios, no le he costado tan caro. Si hubiese frecuentado yo la sociedad donde ciertos seres pueden vivir gracias á mí, mi hijo no tendría quizá tantos motivos de hacerse el hombre superior en mi presencia.

Y el viejo Osborne pronunció estas palabras con un sentimiento marcado de ironía.

— En mi tiempo no se creía propio de un noble el insultar á un padre. Si yo lo hubiera hecho, mi padre me habria arrojado á puntapiés por la escalera.

— No creo haberos insultado; solo si os he dicho que soy tan noble como vos. Ya sé que me dáis mucho dinero, continuó Jorge estrechando en sus manos una porción de bank-notes que le habia entregado aquella misma mañana M. Chopper; ¿temeis que lo olvide?

— La misma memoria deberíais tener para todo lo demás, repuso el padre cada vez mas irritado; deberíais recordar que en esta casa, todo el tiempo que os dignéis honrarla con vuestra presencia, yo soy el amo, y que ese nombre... que vos... que yo...

— ¿Qué decís? preguntó Jorge con una sonrisa burlesca, y llenó de nuevo su vaso.

— ¡Mil rayos! exclamó el padre con un juramento espantoso; que el nombre de los Sedley no se pronuncie mas aquí, ¿lo entendéis?

— No soy yo quien sacó á relucir el nombre de miss Sedley; mis hermanas hablaron mal de ella á miss Swartz, y yo me he propuesto defenderla en todas ocasiones. Nadie hablará mal de ella en mi presencia. Nuestra familia la ha afrontado ya demasiado, y es tiempo de cesar de calumniar á esos infelices; el primero que hable mal de ella conocerá lo que pesa mi mano.

— ¡Oh, rabia! exclamó el padre, y sus ojos saltaban de sus órbitas.

— Sí, añado que quiero perseverar en mis sentimientos acerca de esa jóven. Si la amo, vos teneis la culpa. Quizás habria dirigido mis homenajes á otra parte, quizás habria elevado un poco mi ambición fuera de nuestro estrecho círculo, pero no he hecho mas que obedecer. Y ahora que su corazón es mio, ¿me decís que la abandone, que la castigue por un crimen de que está inocente, que cause su muerte tal vez, y todo por culpas ajenas? Eso sí que sería una cobardía, una bajeza y una infamia, dijo Jorge cediendo á la exaltación de su entusiasmo. ¡Burlarse así del corazón de una jóven, de un ángel bajado del cielo en medio de este mundo, y cuyas virtudes excitarían la admiración, si su dulzura y su bondad no redujeran al silencio las acusaciones de la ira! En fin, si yo la abandonara, ¿creéis que ella me olvidaría?

— No tengo por conveniente prestar oídos á tales absurdos, exclamó el padre de Jorge; no consentiré en un matrimonio que introduciría la canalla en mi familia. Pero vos podeis dejar escapar ocho mil libras de renta, cuando no teneis mas que tomarlas; en ese caso disponeos á salir de aquí para siempre. En suma, ¿queréis hacer lo que os digo?

— ¿Casarme con la mulata? exclamó Jorge estirándose el cuello de la camisa; no quiero.

M. Osborne se lanzó furioso hacia el cordon de la campanilla, y llamando al mayordomo, le ordenó que trajera un coche de alquiler para el capitán Osborne.

— ¡Es cosa concluida! dijo Jorge entrando una hora despues en casa de Dobbin con el rostro pálido y desencajado.

— ¿Qué hay, amigo mio? preguntó Dobbin.

Jorge le contó la escena con su padre.

— Mañana me caso con ella, añadió; amigo mio, conozco que la amo mas cada día.

## XXII.

### CASAMIENTO Y PRIMERAS HORAS DE LA LUNA DE MIEL.

La guarnición mas determinada y valerosa no puede resistir al hambre. El viejo Osborne contaba con el hambre en la lucha que habia empeñado con su hijo, pues no dudaba que Jorge se sometería en cuanto careciese de dinero. Pero era de sentir que el día del primer asalto el enemigo hubiese abastecido la plaza; no obstante, las provisiones debían durar poco tiempo, y segun sus cálculos, el viejo Osborne se prometía una rendición próxima.

Durante muchos dias cesó la comunicacion entre el padre y el hijo. El primero se sorprendía con este silencio sin alarmarse, porque tenía por infalibles sus provisiones. Habia contado minuciosamente á sus hijas los detalles de su contienda, advirtiéndolas que debían permanecer extrañas al asunto y recibir á Jorge á su regreso como si nada hubiera sucedido.

Todos los dias como de costumbre se ponía el cubierto para el hijo rebelde; y el viejo Osborne pensaba mucho mas en su ausencia de lo que quería aparentar. Envió á tomar informes al café de Slaughter, donde nada pudieron decir si no es que Jorge y el capitán Dobbin habian salido de la ciudad.

Por una mañana lluviosa y triste del mes de abril, Jorge Osborne llegó al café muy pálido y con los ojos encendidos. Sin embargo vestia con cierta elegancia:



llevaba un frac azul con botones de bronce y un chaleco de piel de gamo como entonces se usaba.

Dobbin á quien encontró en el café, había abandonado igualmente el uniforme militar por el frac azul como el de su amigo.

Dobbin pasó una hora en el café muy impaciente hasta que por fin llegó su amigo, pálido y agitado como hemos dicho ya; este enjugó con su pañuelo de la India su rostro descompuesto, y un fuerte olor de agua de Colonia se esparció en el café.

Jorge estrechó luego la mano al capitán Dobbin, miró al reloj, tomó dos copas de licor con una agitación febril, y su amigo le preguntó cómo estaba.

— No he cerrado los ojos toda la noche, he tenido un dolor de cabeza espantoso. Me levanté á las nueve y salí á tomar un baño.... pero quiero beber á vuestra salud, amigo mio, y al diablo la...

— No, no, dijo Dobbin, dos copas bastan: aquí tenemos pimienta de Cayena para el pollo, y despachaos.

El reloj señalaba las once y media cuando los dos capitanes tenían este coloquio. Un carruaje donde el criado de Osborne había colocado su neceser de viaje y su maleta, esperaba á la puerta hacia algunos momentos. Los dos militares subieron al coche, que se encaminó á Brompton y se paró ante una capillita en la plazuela de Fulham.

Una silla de posta con un tiro de cuatro caballos esperaba á la puerta.

— ¡Qué diantre! exclamó Jorge; yo no había pedido más que dos caballos.

— Mi amo ha querido que sean cuatro, respondió el criado de José Sedley, que estaba de centinela en el umbral del templo.

— ¡Ah! están aquí, dijo José al capitán; cinco minutos os hemos esperado. ¡Qué tiempo hace! Pero no importa, mi coche es impermeable, entremos; Amelia y su madre están ya en la sacristía.

José Sedley se hallaba resplandeciente, nunca había estado tan grueso, nunca su cuello postizo había subido tanto, ni su rostro se había mostrado mas rubicundo. Sus chorreras se extendían con orgullo sobre su chaleco de ramajes; sus botas á la húngara marcaban el grueso colosal de sus pantorrillas. En su casaca verdadero se ostentaba la roseta nupcial como una magnolia.

Jorge estaba de boda: esta palabra explica la palidez de su fisonomía, la excitación de sus nervios, su dolor de cabeza. He visto hombres en el mismo caso dominados por igual emoción. A la tercera ó cuarta vez se acostumbra, pero el primer chapuzón es siempre terrible.

La novia tenía una esclavina de seda oscura, como me lo dijo el capitán Dobbin, y llevaba un sombrero de paja con una cinta de color de rosa, y un velo de encaje blanco de Chantilly.

El capitán Dobbin, previo el competente permiso, la había regalado un reloj con su cadena de oro, que ella llevaba para la ceremonia. Su madre la había dado un broche de diamantes, única alhaja que había conservado mistress Sedley. Durante el servicio, la buena madre sentada en uno de los bancos de la iglesia, derramaba abundantes lágrimas, en tanto que la criada irlandesa y mistress Clopp trataban de consolarla.

El viejo Sedley no había querido asistir á la boda.

José reemplazaba á su padre y conducía á la novia al altar, en tanto que el capitán Dobbin asistía á Jorge.

En la iglesia no había mas que el clero que oficiaba. La lluvia que azotaba los vidrios y los sollozos de mistress Sedley eran el único ruido que interrumpía por instantes el servicio divino. La voz del ministro conmovía los tristes ecos de aquellas bóvedas desiertas. El sí de Osborne se oyó grave y articulado. La respuesta de Amelia, que salió con trabajo de su corazoncito, llegó moribunda á sus labios y solo fué oída por el capitán Dobbin.

Terminada la ceremonia, José Sedley besó á su hermana; no había hecho otro tanto hacia muchos meses. Jorge había abandonado su aire triste, y ahora se mostraba radiante.

— Es vuestro turno, Dobbin, le dijo con alegría pegándole en el hombro.

Y Dobbin dió un beso á Amelia en la mejilla.

Después pasaron á la sacristía para firmar el registro.

— Dios os colme de bendiciones, Dobbin, dijo Jorge estrechándole la mano y con la vista oscurecida por las lágrimas.

Dobbin respondió con una inclinación de cabeza. Su corazón estaba muy conmovido para que pudiera pronunciar una palabra.

— Nos escribireis y vendreis á verme lo mas pronto posible, dijo Osborne.

Después de la patética despedida que tuvo lugar entre mistress Sedley y su hija, los novios subieron al coche.

William Dobbin desde la puerta de la iglesia veía desaparecer el carruaje con una expresión singular en la mirada.

— Vamos á comer algo, Dobbin, le gritó una voz por detrás.

Y al mismo tiempo una mano pesada caía sobre su hombro y le sacaba de sus meditaciones; pero el capitán no tenía deseos de tomar nada. Instaló en el coche á la señora bañada en llanto, vió á José colocarse á su lado, y se despidió de ellos con pocas palabras.

Ahora si estaba concluido todo. Los veía casados y dichosos; al menos así se lo pedía al cielo. En cuanto á él, jamás se había encontrado tan abandonado, tan solo.

Tres días después de la ceremonia de que acabamos de hablar, tres jóvenes que conocemos estaban admirando el magnífico panorama de Brighton.

— Esa mozueta es preciosa, dijo uno de los paseantes á su vecino; Crawley, ¿no habeis notado cómo me miró cuando pasé junto á la casa?

— Cuidado con herirla en el corazón, José, respondió el otro; sois muy pícaro; es preciso no tomar á juego los sentimientos de las mujeres.

— Dejarme en paz, respondió José Sedley muy satisfecho con sus ojeadas y dándose tono con su casaca de uniforme cubierta de bordados.

— ¿Qué haremos hasta que vuelvan las señoras? preguntó nuestro elegante.

Las señoras habían ido á pasearse hasta Rottingdean.

— ¡Cómo se aburre uno aquí! repuso Jorge Osborne bostezando; ¿qué haremos?

— ¿Vamos á ver los caballos que acaban de llegar de la feria de Lewes? dijo Crawley.

— Mas valdria ir á comer algunos pastelillos que ahora deben salir del horno, propuso el solapado José que queria matar dos pájaros de una pedrada; la pastelería es preciosa.

Vamos á ver si llega el *Relámpago*, esta es su hora, dijo Jorge.

Esta última idea prevaleció; dejaron para otro día la visita á la pastelería y á los caballos, y se dirigieron al punto de parada del *Relámpago*.

En el camino estos tres señores encontraron el carruaje descubierto de José Sedley, adornado con magníficos blasones. En ese espléndido carruaje tenia costumbre de producirse en público, majestuoso en su aislamiento, con los brazos cruzados sobre el pecho, el sombrero ladeado, y á veces acompañado de damas elegantes.

Dos personas ocupaban entonces el coche; una joven con el pelo de un rubio subido y vestida á la última moda, y otra con esclavina de seda oscura, sombrero de paja y cintas de color de rosa que adornaban un rostro encantador.

Esta última hizo parar el coche cuando se halló cerca de los tres jóvenes, y luego como avergonzada de este acto de autoridad, se sonrojó del modo mas ridículo.

— Hemos dado un hermoso paseo, Jorge, comenzó á decir... y nos alegramos estar de vuelta... José, no hagais que vuelva tarde mi marido.

— No seais la perdición de nuestros maridos, M. Sedley, espíritu tentador, dijo la otra señora amenazando á José con un bonito dedo preciosamente ajustado en un guante francés. Cuidado con jugar al billar y con fumar, ó me incomodo.

— Mi querida mistress Crawley, os juro... por mi honor...

Fueron las únicas palabras que se le ocurrieron á José á guisa de respuesta.

Pero si la palabra le faltaba, en cambio tuvo cuidado de tomar una postura académica.

Los recién casados habían ido á Brighton después de la celebración de su boda, y habían pasado, en un aposento del hotel de la Marina, algunos días de calma y de felicidad, esperando el regreso de José.

Sin embargo, pronto encontraron amigos; pues una tarde, al volver de un paseo á las orillas del mar, hallaron á Rebeca y á su marido.

Rebeca se arrojó en los brazos de su querida Amelia.

Crawley y Osborne se estrecharon la mano, y Rebeca, en algunas horas, se puso bien con este último.

— ¿Os acordais de la última vez que os ví en casa de miss Crawley, mi querido capitán? Hube de maltrataros un poco, pero fué porque parecia que os habiais enfriado un poco por nuestra querida Amelia. Esto me irritó hasta el punto de hacerme ingrata; dadme vuestra mano, capitán, y olvidemos eso.

Y al mismo tiempo Rebeca le tendía la mano con una gracia tan franca y tan irresistible que Osborne la tomó y creyó en la sinceridad de aquellas palabras.

Los cuatro jóvenes tenían muchas cosas que decirse; se contaron recíprocamente los lances de su matrimonio y sus proyectos venideros.

El matrimonio de Jorge debía ser anunciado al padre por su amigo el capitán Dobbin, y Jorge estaba un poco alarmado con las consecuencias que podía traer esta comunicacion; miss Crawley seguía firme en su resolución de no verle. Cerrada para él la puerta de Park-Lane, había seguido con su mujer á su querida tía á Brighton, y había apostado en su calle emisarios en permanencia.

— Quiero que conozcáis tambien, querida mia, dijo Rebeca riendo, á los amigos vigilantes que Rawdon tiene de centinela á su puerta. Figuras de acreedores; dos tunantes miserables que están toda la semana expiando desde una tienda; no podemos salir mas que el domingo; si la tía no se ablanda, tendremos un buen desenlace.

Rawdon contó riendo una docena de chascos muy divertidos que había jugado á sus acreedores, y habló de la destreza con que Rebeca sabia despedirlos. Afirmó que no había para esto una mujer como ella en Europa; inmediatamente después de su matrimonio, había tenido que recurrir á este don sobrenatural, y su marido había podido apreciar entonces todo lo que valia.

El mejor medio para vivir en el seno de la opulencia es hallarse con muchas deudas; en esa situación se da uno todos sus gustos, y el ánimo está siempre alegre y dispuesto.

Rawdon y su mujer ocupaban el cuarto mas hermoso del hotel de Brighton; el fondista al presentarles un plato, les saludaba como á sus mejores huéspedes, y

Rawdon despachaba las comidas y el vino con un aplomo de magnate ó de príncipe ruso. Tono de gran señor, botas y un traje á la última moda y mucha arrogancia, suelen producir mejor efecto que el dinero colocado en el Banco.

Los dos matrimonios no podían separarse. Al cabo de dos ó tres días los maridos organizaron un juego de naipes para pasar las noches, en tanto que las mujeres hablaban en un rincón. Las cartas con Jorge y el billar con José Sedley, que no tardó en llegar, empezaron á llenar los huecos del bolsillo de Rawdon.

Pero volvamos á nuestros tres jóvenes que salían al encuentro del *Relámpago*. El carruaje de una exactitud rigurosa estaba atestado de gente por dentro y por fuera.

El *Relámpago* entró en la calle con una rapidez digna de su nombre y se detuvo ante el despacho de los carruajes.

— ¡Bravo! ¡aquí está Dobbin! exclamó Jorge muy alegre al descubrir á su amigo.

Todos esperaban con impaciencia su visita.

— Celebro vuestra llegada, y Amelia no la celebrará menos, dijo Osborne dando un buen apretón de manos á su amigo cuando este se apeó de la diligencia.

Y luego añadió en voz baja:

— ¿Qué noticias me traéis? No me ocultéis nada.

El rostro de Dobbin se puso pálido.

— He visto á vuestro padre.... lo sabreis todo.... la principal de todas las noticias es que...

— Pronto, amigo mio, dijo Jorge con ansiedad.

— Que nos envían á Bélgica; todo el ejército marcha, y la semana próxima debemos embarcarnos en Chatham.

Estas noticias de guerra que cayeron como una bomba sobre nuestros amantes, les dejaron sumergidos en las mas graves meditaciones.

### XXIII.

#### EL CAPITAN DANDO PRUEBAS DE DIPLOMÁTICO.

Mientras Jorge y su mujer se hallaban en Brighton embriagándose con las dulzuras de la luna de miel, Dobbin estaba en Londres vestido de la calidad de diplomático para dar aquellos pasos que exigía el casamiento de su amigo. Tenía que ver al viejo Sedley, tenía que ponerle de buen humor, que inclinar á José á que se reuniera con su hermano político, á fin de que el brillo de su posición y de su crédito como recaudador de Boggley-Wollad, sirviese para cubrir el desastre de su padre, y tenía que destruir las preocupaciones del padre de Jorge contra el matrimonio en cuestión.

(Se continuará.)

### Marsella.

Cuando un forastero ha visitado en Marsella, en la parte nueva de la ciudad, la famosa Cannebiere, las calles de Roma, de San Ferreol, de Bonaparte, el Prado, los teatros, la estatua de Puget, que no es una obra maestra, y la del obispo Belzance, que tiene la forma de una campana, el museo y los cafés siempre llenos de gente; y cuando, en la parte vieja, ha tenido valor para recorrer las calles sucias, estrechas y escarpadas en cuyas casas ondean banderas grasientas en medio de harapos, puede decir que todavía no ha visto Marsella: sabe lo que ha sido y lo que es, pero no sabe lo que será. Conoce la ciudad de hoy, pero le falta conocer la ciudad de mañana.

Después de haber recorrido en toda su longitud el puerto viejo, el observador se encuentra en presencia de un estrecho desfiladero que vuelve bruscamente á la derecha, dominado por un lado por el fuerte San Juan que defiende la entrada del puerto, y por el otro por la colina donde se halla edificada la ciudad vieja. Dando algunos pasos por el desfiladero, se descubre un horizonte suntuoso; se ve el mar inmenso, sonoro, manchado de blanco por las velas de los buques y los barquichuelos que se deslizan entre las olas, y el castillo de If, que surge de repente sobre su roca, inmóvil é impassible en medio de las aguas alborotadas. Por la otra parte hay un dique colosal arrojado al mar por la mano de Dios, rocas áridas, las peladas crestas del *Margiou*. Estas rocas describen una línea curva y bajan gradualmente hasta desaparecer en las olas. — Es la majestad de las montañas prosternada ante la majestad de los mares.

En ese recinto de un aspecto salvaje y grandioso, en el fondo de la ensenada á que sirven de límite esas rocas, se extienden los nuevos puertos de la Joliette.

Los diversos puertos ó diques construidos ó en construcción en Marsella ocupan una superficie de agua de 64 hectáreas ó 640,000 metros divididos de este modo: los puertos de la Joliette que están concluidos tienen una superficie de 200,000 metros la dársena de los docks 90,000 metros, y el gran puerto Napoleon 350,000 metros. Todos estos diques se han conquistado dentro del mar, por medio de un vasto muelle protector que tiene dos kilómetros de largo.

Las obras de los puertos de la Joliette, comenzadas en 1842, se concluyeron en 1853; y los trabajos mucho mas considerables todavía emprendidos en 1856 para la dársena de los docks y el puerto Napoleon, que abrazan una superficie total de 440,000 metros, estarán concluidos en 1859.

En tres años la industria habrá concluido las obras





MARSELLA. -- LOS PUERTOS NUEVOS.



MARSELLA. -- LA CATEDRAL Y LOS BARRIOS NUEVOS.



mas notables que se hayan hecho jamás en tan corto espacio de tiempo.

Ha facilitado mucho estas obras la destruccion de una montaña colosal sobre la cual estaba situado el antiguo lazareto. Este antiguo edificio, útil en los tiempos en que reinaba con frecuencia la peste en el Levante, vino á ser un objeto de contestacion entre el Estado y la villa que reclamaban á la vez su propiedad. Para poner un término á estas dificultades, el emperador dió al director general en el ministerio del Interior la mision de zanjar la diferencia. Bajo esta influencia bienhechora se concluyó un tratado en cuya virtud el Estado y la villa abandonaban sus respectivos derechos, con la condicion de que la montaña que formaba el viejo lazareto y los terrenos que se conquistaron sobre el mar, por causa de la nivelacion del lazareto, serian vendidos, y su producto seria afectado á la construccion de los docks y de los puertos nuevos.

El tratado se aprobó por una ley del 10 de junio de 1854; y él fué origen de esas obras magnificas y preliminar de otras mas gigantescas.

Difficilmente podria nadie formarse una idea de la actividad que reina en ese sitio. Sobre el mar se trabaja en los diques, de los cuales hay algunos terminados ya y otros próximos á su conclusion. En los muelles carros y carretas y centenares de obreros van y vienen, cargan y descargan los buques. Un poco mas arriba, en los planos inclinados que dominan el golfo, casuchas viejas caen en torbellinos de polvo, nuevos edificios se levantan, y un ejército de trabajadores nivela el terreno, baja las colinas y traza calles al lado de los cimientos de las casas.

Aquí debe aparecer en breve el Marsella venidero.

Esta obra de regeneracion, cuya urgencia comprendia muy bien el ayuntamiento, ha sido emprendida por la *Sociedad de los puertos de Marsella*, cuyo organizador y gerente es el capitalista M. Mirés. Nunca se vió al dinero manifestar su omnipotencia por una obra mas atrevida. Habia podido trazar ferro-carriles, abrir canales, traer en 1839, venciendo mil obstáculos, el agua del Durance de Pertuis á Marsella; pero nunca habia osado edificar una gran ciudad de buenas á primeras. Esta era antiguamente la obra de los siglos; Marsella, tal como está hoy, tardó veinte y cuatro siglos en formarse: — los escudos de M. Mirés la crearán una juventud en tres años.

La Sociedad de los puertos ha comprado todos los terrenos que dominan el puerto de la Joliette desde el antiguo Lazareto hasta las primeras casas de la ciudad vieja, — una extension de 400,000 metros cuadrados, comprendida en una superficie total de 900,000 metros, de los cuales 500,000 se destinan á las vias y establecimientos públicos. En ese espacio hay todo un brazo de mar que ha caído tambien bajo el poderio del dinero, y en los lugares donde reinaban soberanamente las olas irritadas se elevarán en breve soberbios edificios.

Un vasto astillero ocupa en el día toda esa extension de 900,000 metros, pues se están haciendo ahora las obras de nivelacion. Es preciso remover inmensas masas de terreno para sentar bien la ciudad nueva, para disponerla segun las reglas de la arquitectura moderna. Pero los picos y azadones tardarian un siglo, y se emplea la pólvora; se llenan de pólvora pozos profundos abiertos en los flancos de los cerros, se pegan fuego y el cerro vuela en polvo. Hasta hoy se han gastado así veinte y dos mil kilogramos de pólvora. Ciudad dichosa que desvia el salitre de su destino ordinario, y se embellece con lo que destruye tantas otras ciudades.

Ya se elevan á lo largo del muelle las primeras casas, quizá podrian llamarse palacios, con sus fachadas blancas, elevadas, esculpidas y adornadas con balcones. Tienen cinco pisos, y desde el principal se ve la rada. A medida que se sube la vista se extiende; en el cuarto el panorama es inmenso.

Puede decirse que estas casas han sido edificadas al vapor, lo que no será una metáfora. El ingeniero que dirige las obras, M. Bordes, ha inventado para ir deprisa lo que él llama una máquina *elevatoria*, especie de garrucha que va y viene por delante de la fachada, movida por el vapor; avanza, retrocede sobre dos carriles, y se apodera de los materiales que lleva hasta lo alto del edificio. Los andamios son inútiles con este aparato.

Estas casas del muelle de la Joliette están edificadas sobre estacadas porque el terreno es movedizo; el mar le cubria antiguamente, y en él desembocaban las alcantarillas de la ciudad. Cuando estén levantados todos los edificios, este muelle será uno de los mas hermosos que puedan verse en el mundo.

En el fondo de la ensenada, en el punto mas céntrico de la curva que describe el mar, se ha levantado un arco de piedra una ancha esplanada, y sobre esa esplanada se construye una catedral que reemplazará la antigua iglesia de la *Major*, que está destruida, y de la cual solo queda una capilla ruinosa. Los buques en alta mar verán desde lejos su campanario gótico, y le saludarán como saludan hoy á Nuestra Señora de la Guarda, que corona á la izquierda del puerto la cumbre de un peñón árido.

Si el gigantesco proyecto concebido por la *Sociedad de los puertos*, y propuesto últimamente al consejo municipal, viniera á realizarse, esa resurreccion de Marsella se haria mucho mas pronto. Se trata nada menos que de comprar toda la parte vieja de la ciudad y arrancar á esa montaña, que domina los nuevos puertos, la horrible capa de harapos que lleva sobre sus hombros hace siglos. Entonces no quedaria ya una casucha en pié, todo se renovaria, y con las habitaciones in-

mundas desaparecerian las vergonzosas miserias que engendran. — Seria una limpieza general de calles, de personas y de costumbres.

Algunos arqueólogos fanáticos ponen ya el grito en el cielo, pero ellos son los únicos que se quejan. El pueblo de Marsella se felicita ya de respirar un aire mejor y de hallarse libre de la fiebre y de la peste, sin contar su orgullo natural al verse en medio de una ciudad soberbia.

L. D.

## La mujer (I).

DE LA LITERATURA EN LA MUJER.

### I.

Ha sido tan debatida y á veces tan injustamente juzgada la cuestion de si conviene ó no la literatura á la mujer, que bien necesitaba hoy la defensa de otra pluma.

Muy pocos seres se encuentran que sean defensores del talento de la mujer: los hombres en general declaman contra él, porque, preciso es confesarlo, su instinto orgulloso y egoista les hace desear que la condicion de la mujer sea siempre esclava de la suya: como si el talento de esta débil mitad del género humano no pudiese ser nunca gemelo del talento del hombre.

Este principio que, sin vacilar, asiento como general, tiene sin embargo una excepcion tan honrosa que, por sí sola, es bastante á enorgullecer la literatura de nuestra patria y á ennoblecer el talento de la mujer. Nuestra inmortal Avellaneda, esa mujer cuyo nombre conocia ya mi oído y anhelaba escucharle como un sonido grato y delicioso antes de que mis labios supiesen pronunciarle, es la única escritora que conozco dotada de una doble naturaleza: el poeta mas esforzado y enérgico se envanecería con su *Alfonso Munio*, su *Saul* y su *Guatimazin*, y no hay alma de mujer poetisa que atesore la ternura de que están empapadas sus *Dos Mujeres*, *La hija de las flores* y su *Dolores*, esa linda flor, cuyo perfume tantas y tantas veces he recogido en mi corazón.

¡Yo te saludo con toda la efusion de mi alma, escritora americana! El espíritu de Colon ha debido sonreír en otros mundos mejores al ver tu fama, porque á su genio inmortal, hermano del tuyo, se debe la gloria de haber unido la tierra feliz donde naciste, á la corona de Castilla. ¡En vano la envidia ó la animosidad ha pretendido empañar el claro brillo de tu gloria! ¡Sus reflejos son tan puros é inmortales que, aun despues que el mundo te pierda, iluminarán tu sepulcro y alumbrarán las coronas de siemprevivas con que le adornen nuestros hijos!

### II.

Estas naturalezas dobles, como yo las llamo, son tan raras, que únicamente he conocido la que acabo de citar: por lo regular la poesia de la mujer es constantemente tierna, mimosa y melancólica.

Trabajo me cuesta convencerme de que existan mujeres que cantan al dolor como á su inseparable compañero, que en sus versos lloran resignadas y dulces, y que son en su casa unas arpias llenas de vanidad, pretensiones y exigencias, adquiriendo una altivez para con sus mismos padres que las hace insoportables.

¿Podrá creerse en la sensibilidad que derraman estas mujeres en sus versos? ¿en las virtudes que predicán en ellos? ¿en los sufrimientos extraordinarios que describen? Imposible: si descuidan los deberes que la sociedad nos impone, si son inmodestas, vanas y arrogantes, sus obras caerán en un completo ridículo.

Solo la *verdad convence*; ha dicho Ciceron, y este axioma es tan innegable que todos los días le vemos confirmado: aunque las obras de esas mujeres, de las cuales acabo de hablar, seduzcan, como obras de lozanas imaginaciones, á otras imaginaciones fogosas é impresionables, el corazón del lector quedará vacío sin que quizás sepa él mismo darse cuenta de la causa que lo motiva.

Generalmente á las mujeres que se dedican á escribir se las mira con marcada animosidad.

¿Y queréis saber porqué? Porque, por lo regular, ni hablan, ni andan, ni comen, ni se sientan como las demás: su acento es siempre lloroso y declamatorio, y su paso afectado y lento: el alimento que toman á la vista de las gentes no bastaria para alimentar á un pájaro; y sus posturas en el sofá ó la butaca (únicos asientos que ocupan con preferencia á sus padres y superiores) son tan abandonadas como indecorosas. En el terreno de la discusion quieren que su opinion prevalezca siempre; su soberbia vanidad no las permite usar la menor deferencia con nadie, y nunca acompañan á una señora mas allá de la primera *portière*, ni vuelven visitas, ni hacen compañía á una amiga enferma.

Yo trataba en una capital de provincia á una familia de la cual formaba parte una *poetisa*; al menos este era el nombre que daba su padre á una jóven que estaba todo el día emborrionando papel con desiguales renglo-

(1) Tomamos estos dos capítulos de una serie de estudios morales que publica en España con el mejor éxito nuestra apreciable colaboradora doña María del Pilar Simoes de Marco.

nes, cuyas sílabas contaba afanosa con los dedos. Al entrar en el interior de la casa se veia que la hija de Apolo era un mueble enteramente inútil aunque muy costoso; la escritora debia, en su opinion, gastar mas lujo que sus hermanas, porque su *talento* la habia hecho ya muy conocida: si el vestido se usaba largo, la cola del de la literata no habia de ser menor que la que gasta la reina al andar las estaciones en semana santa; si se llevaban cintas en la cabeza, se habia de contar con una pieza mas para la escritora, que en cambio de tantas exigencias no sabia zurcir, ni hacer andar lista á la criada si su padre queria comer un día mas temprano; no aplanchaba ni un pañuelo, y consentia que su anciana madre se tomase este yoso trabajo por no enrojecerse sus blancas manos; no limpiaba la casa, ni hacia calceta, ni cosía la ropa de la familia: si habia un enfermo, no podia hacer ni aplicar las cataplasmas porque se la levantaba el estómago; y si el estado del enfermo se agravaba, su *extremada* sensibilidad la hacia huir á otra estancia muy lejana, dejando en manos extrañas el cuidado de cerrar los ojos de una persona que tal vez debia serla muy amada.

Por estos tristes ejemplos se teme en las familias como al fuego á una literata: en vez de ser, como debia, el modelo de todas las virtudes, en vez de ser generosa, sumisa y tierna, es, por lo regular, egoista, altanera é insensible: en su corazón no tiene entrada ni aun el dulce sentimiento del amor, porque todo aquel que la manifiesta aficion, la parece poco para ella, y por otra parte no se quiere casar hasta que no tenga treinta años, para dejar antes bien consolidado su nombre.

¡Extraño delirio es, por cierto, el que hace abandonar la dulce dicha del hogar doméstico por correr tras un fantasma, que raras veces ve realizado el hombre, y que nunca alcanza la mano débil de la mujer!

Y cuando estas mujeres se deciden por fin á casarse, si encuentran con quién (lo cual suele ser, cuando ellas quieren, algo dificultoso), entonces ¡ay de sus esposos y de sus hijos! La literatura es bien sabido que en España, lejos de enriquecer al que la cultiva, le empobrece, porque en estos tiempos en que tanto se escribe, es tan difícil encontrar un editor como un marido, y tan inverosímil que se agote una edicion por cuenta del autor, como que un avaro sea generoso: es necesario que el que escribe tenga un nombre conquistado á fuerza de vigiliias y penalidades; es necesario que haya consumido sobre la mesa de escritorio el color de sus megillas, el brillo de sus ojos y la savia de su vida para que pueda ganar algun dinero con su pluma; y esas pobres mujeres ponen en tortura su ingenio por ver sus producciones en letras de molde, alcanzando por recompensa las quejas de su esposo que no tiene camisa aplanchada para mudarse, y el llanto de sus hijos, á los cuales golpea la niñera exasperada porque sus padres la deben algunos meses de salario.

¡Desgraciadas! ¿qué dicha encontráis en esa frívola vanidad que pagáis tan cara?

— ¿Qué debo yo á tu talento? dirá el esposo que ve descuidado el gobierno de su casa y que tiene que repartir su corto sueldo entre la costurera y planchadora, si quiere vivir con la indispensable decencia.

— ¿Qué tenemos que agradecer al ingenio de nuestra madre? se preguntarán los hijos de la literata, cuando la luz de su razon les haga deplorar el abandono de su educacion.

¡Ah! estos cargos, sin contar con la maledicencia de la sociedad, estos amargos cargos de las personas que deben ser las mas queridas para la mujer, bastan para extirpar de todo corazón amante y honrado el funesto afán de gloria literaria que se va despertando hoy en mi sexo.

### III.

No creais por lo que llevo escrito, quizás con sobrado atrevimiento, que el deseo de alcanzar una gloria sin rivales me hace hablar así: hay en mi corazón una propension decidida á amar á todo aquel que ha nacido con aspiraciones de poeta, ora le ayude, para dicha suya, su talento, ora le niegue el cielo la luz purísima de la poesia; y esta propension se convierte en una tierna afeccion hácia toda mujer que toma en sus delicadas manos el arpa de Safo y de Corina: nunca he podido concebir cómo existen almas bastante bajas para ensañarse en las composiciones de los débiles seres que pertenecen á mi sexo.

Lo dije ya en otra ocasion al dar al público uno de mis escritos en que defendí el talento de una mujer: cuando trato de poner en relieve lo necesaria que es su instruccion para la sociedad, me parece vislumbrar una sonrisa en los labios de mas de un lector, al ver que defendiendo mis propios intereses, pero como entonces, vuelvo á rogarles hoy que se detengan á reflexionar un momento, y fácilmente me perdonarán que sea yo el abogado de una causa que tantos y tan encarnizados fiscales tiene.

Acabo de poner en evidencia, acaso con demasiada viveza, todas las ridiculeces de la mujer escritora; acabo tambien de probar que este tipo, tal como se ve y se comprende, es altamente perjudicial; y ahora añado con todo el fervor de mi alma: ¡pluguiese á Dios que todas las mujeres naciesen poetisas y con talento para enaltecer, moralizar y hacer mejor á nuestra corrompida, materialista y prosaica sociedad.

La culpa de todas las ridiculeces de la literata, de todos los perniciosos ejemplos que da, de todas las graves inconveniencias en que incurre, de todos los digus-







la antigüedad. Hay aldeanas que se sonrojan ante el traje de Apolo, pilluelos que se burlan del fauno, mozos de cordel que se encogen de hombros al contemplar los miembros atléticos de Hércules. La villa es ese día la verdadera tierra prometida; nada falta, ni aun el racimo colosal llevado en hombros de dos mocetones robustos y airosos.

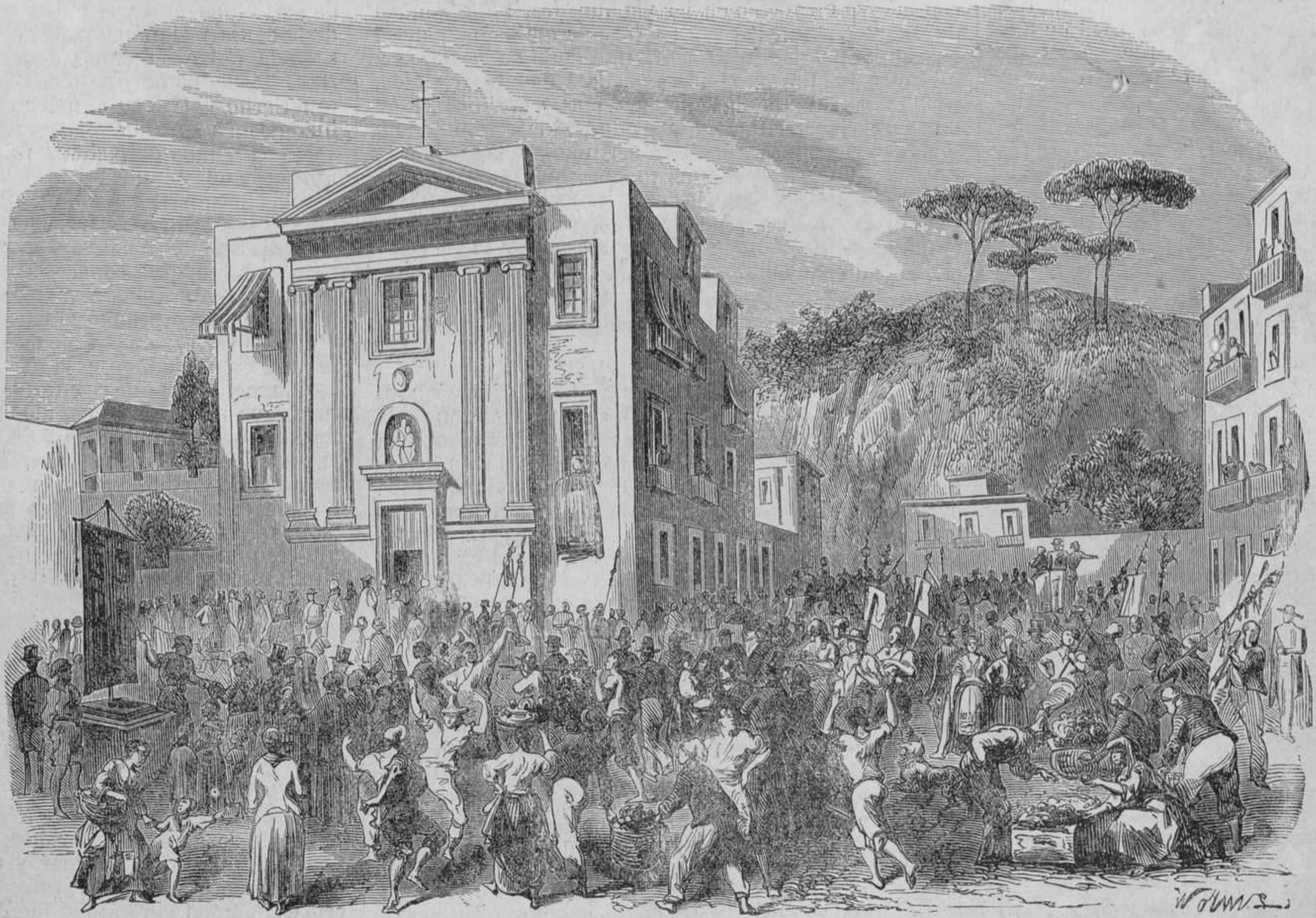
Por otra parte, la gran arteria de Nápoles, la calle de Toledo, se llena de soldados. Las ventanas sirven de espectáculo á las calles, las calles á las ventanas. La plaza del Palacio Real se encuentra tan llena de gente que no puede circular el *acquaiolo*; el sol lo inunda todo con sus rayos, pero ¿quién se acuerda de tener sed cuando se trata de ver desfilar veinte ó treinta mil hombres? Es una gran revista que pasa el rey desde los balcones de su palacio.

Ahora tenemos dos horas de tregua que se aprovechan para comer; la devoción no perjudica al apetito, ni aun en Nápoles... Pero se oye un cañonazo; al ruido se traga de prisa el último cacho de naranja y se corre á las ventanas. Es el rey que se dirige á la iglesia. Unas veinte carrozas doradas con tiros de ocho caballos magníficamente enjaezados conducen á la corte. El cortejo va precedido, acompañado y seguido de guardias de corps, de caballerizos y de pajes.

Mientras el rey está en la iglesia se hacen salvas de artillería en la fortaleza y en los buques de la rada, ricamente empavesados.

Otra vez se oye la oración; es la hora del teatro. Los señores ceden sus palcos á los campesinos, á las familias de sus arrendatarios, etc. Es público sencillo y virginal lo admira todo con entusiasmo.

Por la noche todo el mundo vuelve á emprender la



LA FIESTA DE PIEDIGROTTA EN NAPOLES.

marcha contando con los dedos cuántos días tendrá que esperar para verse en otra. No será muy largo: tiene las vendimias, san Martín, Navidad y año nuevo.

A. DE L.

### Un jefe de oficina árabe.

CONFERENCIAS CON LAS TRIBUS DEL UED-EL-KEBIR.

La importancia cada vez mayor de las posesiones francesas en Africa, los progresos de la dominación pacífica después de los tiempos de la conquista militar, el incansable ardor de los soldados y de sus jefes, por último el porvenir nuevo y lleno de esperanzas que esas instituciones recientes abren á esos países, todo

Sin embargo, la administración no se hallaba vencida de tal necesidad. A pesar de las noticias alarmantes dadas por los empleados árabes, la paz seguía reinando; los mercados estaban frecuentados como de costumbre, y los nuevos impuestos se recaudaban sin dificultad. Podía concluirse de esto que si había habido tendencia á la rebelión, era mas bien contra los jefes indígenas, cuyas arbitrariedades habían levantado los motines. La autoridad francesa estaba interesada en aclarar este punto.

Por eso los comandantes de las oficinas árabes de Constantina y de Filippeville recibieron el encargo de visitar las poblaciones inquietas y alarmadas para tranquilizarlas y prevenir, mediante la persuasión, el empleo de la fuerza.

Una escena de esta misión de protección y de paz constituye el asunto de nuestra lámina. X.



EL JEFE DE LA OFICINA ÁRABE DE CONSTANTINA EN CONFERENCIA CON LAS TRIBUS DEL UED-EL-KEBIR.

eso nos pone de tiempo en tiempo en la obligación de llamar la atención de nuestros lectores.

En los últimos meses se había notado cierta agitación entre las tribus kabilas de la subdivisión de Constantina; habían asesinado á un caid en el momento en que volvía del mercado. Los jefes indígenas presentaban este crimen como el primer acto de un levantamiento próximo, y atribuían la fermentación de los ánimos á un nuevo sistema de contribuciones. El jefe de las tribus del Ued-el-Kebir, mas impaciente que los otros, no había esperado para obrar las órdenes de la autoridad superior, y creyendo, ó fingiendo creer que sus administrados se hallaban á punto de tomar las armas, había hecho una *razzia* sobre la facción que designaba como el foco de la revuelta.



**La Bolsa de Lille.**

La Bolsa de Lille es una de las reliquias arquitectónicas más curiosas que la dominación española ha dejado en Flandes. En 1652, la ciudad de Lille obtuvo del rey de España Felipe IV, la autorización para construir una plaza para sus comerciantes en el centro del vasto espacio que formaba entonces la plaza del Mercado. El consejo de Lille puso en planta un procedimiento muy ingenioso y muy económico: mandó levantar por el ingeniero Julian Dutré un plano en cuya virtud el edificio se componía de casas particulares dispuestas en los cua-

tro lados de un cuadrado regular, teniendo en su centro un gran patio con soportales; luego cedió gratuitamente el terreno á los vecinos que quisieran construir habitación, pero con la condición de que habían de llenar todas las disposiciones indicadas en el plano. De este modo la ciudad de Lille se enriqueció con un hermoso monumento que nada costó á la caja comunal. No sería malo que muchas municipalidades aprovecharan este medio de levantar hermosos edificios.

Sea como quiera, de esta combinación resultó un conjunto muy regular y detalles de ornamentación muy pintorescos. Con efecto, en el interior, y sobre todo en

el exterior del edificio, las paredes están cubiertas de esculturas de piedra blanca que se destacan sobre un fondo de ladrillo encarnado; por todas partes se ven flores y frutas, figuras de hombres y de animales de una concepción fantástica. Es aquello todo un mundo de guerreros, de mujeres, de niños, cuyas cabezas variadas hasta lo infinito, ofrecen expresiones de fisonomías muy características.

Inútil será advertir que la Bolsa de Lille no ha vivido dos siglos sin sufrir los actos de vandalismo de los restauradores. Las figuras fueron mutiladas en su mayor parte, y hasta se quitó al edificio un campanario que



LA BOLSA DE LILLE.

coronaba su fachada principal; en fin la Bolsa de Lille se restauró tan bien que nadie la habría reconocido en 1840.

Pero entonces la municipalidad tuvo un remordimiento, y quiso reparar lo mejor posible los sacrilegios cometidos durante medio siglo. Por fortuna Lille poseía el hombre más propio para el caso; el arquitecto Benvignat, á quien la ciudad debe sus casas consistoriales, su liceo, sus mercados, su teatro, etc., fué el encargado de devolver á la Bolsa su carácter primitivo, y gracias á él ese fin se ha conseguido, aunque no enteramente, pues los mercaderes del templo han hecho valer todos los reglamentos para que no se restableciera el piso bajo de 1652.

Ahora que conocemos el pasado y el presente de la

Bolsa de Lille, diremos que hace cuatro años se erigió en el centro de su patio interior una hermosa estatua de Napoleon I, hecha con el bronce de algunos de los cañones rusos tomados en Austerlitz, rodeada de un estado mayor de celebridades industriales. También en esto M. Benvignat tuvo una inspiración feliz, é imaginó adornar el muro de las galerías cubiertas con una serie de pequeños monumentos elevados á la gloria de los hombres que más han ilustrado su nombre por la aplicación de las ciencias y las artes á la industria francesa.

Cada uno de estos monumentos se compone de un busto-retrato sobre una lápida de mármol negro, donde se leen en letras de oro el nombre, la fecha del nacimiento y la de la muerte, como si dijéramos las hojas

de servicio de aquel cuya memoria se glorifica. En torno de esta especie de cuadro de honor reina una magnífica orla de escultura, donde se ven agrupados ingeniosamente los instrumentos y otros objetos relativos á los trabajos y á los descubrimientos del mismo personaje.

Jacquart de Lyon, el caballero de Girard, el fundador de la filatura del lino por medio de la mecánica en Francia; Vauquelin, Chaptal, Montgolfier, Richard-Lenoir, Chappe Parmentier, Monge, Brongniard, Gay-Lussac, Oberkamps, Berthohet-Prony, etc., tienen allí su busto y su monografía escultural. No olvidemos decir que M. Benvignat ha encontrado en el escultor de Lille Huidiez un dignísimo intérprete de su pensamiento.



### Recuerdos de Castillo.

Era en Cádiz una tarde  
De enero lluvioso y frío,  
Y la hora en que se ocultan  
Del sol los reflejos tibios,  
Cuando entre jácara y broma  
Inspirada por el vino  
Iba al teatro un cortejo  
De boda, dando respingos.  
— ¿Qué comedia echan, Poenco?  
— Yo no sé la que me dijo  
Un señorito que es  
Apuntador.  
— Ya, Castillo.  
— El mismo : ¿tú le conoces?  
Yo lo creo : mi marido  
Trata con gente decente,  
De esa que entiende de libros.  
— Yo también hablo á don Juan,  
Que es hombre muy divertido.  
El ha compuesto el sainete  
De esta noche...  
— ¡Cabalito!  
Como que son *Los zapatos*.  
— De risa me desternillo  
Viendo aquel mozo que pone  
Todos sus cinco sentidos  
En prendas de cordobán.  
¿Usted le ha visto, Juan Pico?  
— Sí; ¡Vale ese autor mas plata!  
— ¡Qué sal!  
— ¡Qué vena!  
— ¡Y qué tipos!  
— Oigame usted, don Chillón,  
Viene su mercé á decirnos  
Aquí términos en griego;  
En los sainetes no hay ripios.  
— En viendo yo un entremés,  
Señores, me despepito  
Por sonar las palmas...  
— ¡Bien!  
— No se explica mal don Líquido.  
— Lora sí que va callada.  
— ¿Va usted, comadre, de hocico?  
— *La inocente Dorotea*  
Parece...  
— Si está en el limbo  
Desde el alba esa arrastrada.  
¡Se puede dar mas martirio!  
— Solo en pensar que se escape,  
Con nuestra ausencia, el gatito :  
Todo porque la otra noche  
Vió el sainete del minino.  
— ¿Tiene la puerta gatera?  
— No señor, pero es lo mismo,  
Que en *casa de vecindad*...  
— Ya llegamos.  
— No hagan ruido;  
Porque va á decir la gente  
Que esta es la boda de un chispo.  
— ¿Cuántos somos?  
— ¡Alto el fuego!  
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,  
El tío Peneque, Berruga,  
Rosaura...  
— ¡Y que toca pito!  
— Berlanga, el maestro Pezuña,  
Los novios, yo y los padrinos,  
Diez patios y ocho cazuelas.  
— ¿Qué tal anda ese bolsillo?  
Tengo media pelucona  
Para pulirla...  
— Padrino,  
Me gusta verle rumboso...  
— Y además noventa y cinco  
Reales en plata menuda,  
Y por si hay un compromiso  
Tengo cien onzas en casa,  
Que así las gasta Juan Pico.  
— *El soldado fanfarrón*  
Está palicando...  
— El mismo :  
Juan, compra esas papeletas  
Para entrar á divertirnos,  
Que si tardas, á esa Lora  
La voy á cortar el pico  
Por ofensiva...  
— ¡Haya paz!  
— ¡Fanfarrón á mi marido!  
Mejor es que *ser maestro*  
De la luna y á sus hijos  
Tenerlos hechos un trapo  
Por beber...

— ¿A que la pinto  
Un jabeque á esa culebra  
En el forro del ombligo?  
— No hagás aprecio...  
— Ea entremos,  
Que están llenos los pasillos.  
— Llenos por ver á *los cómicos*  
De *la legua*; ¡vaya un mico!  
— Vienen por ver el sainete  
De don Juan...  
— ¡Vamos!  
— Don Líquido,  
¡Le van á aplastar á usted  
Como á un boquerón!  
— ¡Un pito  
Va aquí por si lo hacen mal!  
— Al fin de fiesta, chiquito,  
Que nada tienen que ver  
Los cómicos con Castillo.  
...  
Dan las diez, y la función  
Se acabó, por el bullicio  
Que ya se advierte en la calle,  
Del concurso complacido.  
— Camarada, *Los zapatos*  
Han estado muy bonitos.  
— Yaya, vamos á cenar.  
— Yo ya voy medio dormido.  
— Comadre, el novio se duerme.  
— Cásate y verás...  
— De un chirlo  
Se le despierta...  
— Dejadle.  
— Vamos...  
— ¡Que viva el padrino!

Suena otra hora; el silencio  
Impera ya en aquel sitio,  
Y ni aun el eco responde  
A los acentos festivos.  
Al umbral de una vivienda  
De aspecto triste y sombrío  
Llega á paso silencioso  
Un nocturno aparecido;  
Llama, le abren y penetra  
En su modesto retiro,  
Donde una mesa se advierte  
Y una silla, ambas de pino.  
La pluma en la diestra toma,  
Mira al cielo y da un suspiro,  
Y mientras escribe atento,  
Olvidado de sí mismo,  
Resplandece ante sus ojos  
Una luz de claro brillo,  
Que da á su ser nueva vida  
Y que embarga sus sentidos.  
¡Ay! volvió de su letargo,  
Aun soñando con su sino,  
Cuando la postrer aurora  
Alumbraba su martirio.  
Mas una vez justiciero  
Alza victorioso el siglo  
El nombre oscuro del vate  
Popular, Juan del Castillo.  
FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

### El niño huérfano.

Ved á ese niño en cuyo rostro hermoso  
Brilla la paz de la inocencia pura,  
Sin que perturbe su infantil reposo;  
Ni del pesar el grito doloroso,  
Ni la mas leve sombra de amargura.  
Dormido está; ni pena ni tormento  
Dentro del pecho candoroso esconde:  
Vedle reir, quizá en este momento  
De su perdida madre al tierno acento  
Con su sonrisa angelical responde.  
Dejad que duerma y el destino aciago  
No le mostreis que á su existir va unido...  
Solo en el mundo apenas ha nacido,  
Dejad que goce el maternal halago  
Que solo puede disfrutar dormido.  
Mañana, al despertar, su desventura  
Harto vereis en su llorar prolijo.  
¿Qué mujer en el mundo la dulzura  
Podrá suplir, y el beso de ternura  
Con que muestra su amor la madre al hijo?

Mañana sí, con todo y su inocencia  
Conocerá lo cruel de su fortuna;  
Y el infeliz al demandar clemencia  
La primer gota probará en la cuna  
De la hiel que destila en su existencia.  
En vano buscará deshecho en llanto,  
Entre mil gentes á su mal extrañas,  
Una madre que ampare su quebranto;  
Mujeres verá, sí, mas ni una en tanto  
Hijo le llamará de sus entrañas.  
Que la sola en el mundo que podía  
Con este dulce nombre acariciarle,  
De la fatalidad la mano impía  
Decretó al infeliz arrebatarle  
De su existencia en el naciente día.  
Y en vano del infante extraviados  
Acá y allá divagarán los ojos,  
De su perdido bien tristes despojos;  
Tan solo allá y acá verá sembrados  
Senderos de agudísimos abrojos.  
Y al cruzar en su suerte desdichada  
Estos senderos de dolor, sin guía,  
En vano al recibir una punzada,  
Al cielo elevará su alma angustiada  
La plañidera voz de ¡*madre mía!*  
Que el cielo, sordo á su doliente anhelo,  
Por única respuesta á su querella,  
Rasgará un punto su azulado velo  
Para mostrarle en último consuelo  
La infausta luz de su fatal estrella.

ANTONIO ALTADILL.

### Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

ACADEMIA DE CIENCIAS DE PARIS: — (Últimas sesiones.) —  
«Sobre el molibdeno, por M. H. Debray.» — Se halla en el comercio con el nombre de ácido molibálico de Alemania un molibdato ácido hidratado de sosa, que puede servir para la preparación del ácido molibdico. Para esto se mezcla este molibdato con su peso de sal amoniaco pulverizada, y se calienta al rojo en un crisol de barro. Se produce cloruro de sodio, ácido molibdico, molibdeno metálico y sulfuro de molibdeno, resultando del sulfato de sosa contenido en la primera materia. Lavando con agua separamos el cloruro de sodio, y la mezcla que queda por la calcinación se transforma en ácido molibdico puro. Para obtener el molibdeno metálico, se reduce el ácido por el hidrógeno á una temperatura baja al principio, y que se vaya elevando gradualmente hasta el blanco. El metal así obtenido es pulverulento y no presenta señal de fusión, ni de aglomeración. En este estado ha sido estudiado por Berzelius, Bucholz y otros químicos. Este último cree haberle obtenido en pedacitos redondeados de algunos gramos; pero según los experimentos de M. Debray, su fusibilidad es debida á la presencia de materias extrañas; puesto que ha permanecido infusible á las temperaturas á que M. Deville ha fundido el platino y el cuarzo. Sin embargo, el autor al soplete de hidrógeno y oxígeno, y rodeado el metal de carbon y cal, ha obtenido un boton metálico, pero no absolutamente puro, pues contenía un 4 á 5 por 100 de carbon. La dificultad de la operación es evidente, sabiendo que el ácido molibdico es volátil; por lo cual debe fundirse en crisoles de carbon, aunque tengan el inconveniente de impurificarle. El molibdeno así obtenido es blanco; su brillo casi como el de la plata; raya al vidrio y al topacio fácilmente; no le hace mella el acero mas duro, ni puede pulirse con el polvo de boro. Sus propiedades químicas son las que otros autores ponen cuando le han estudiado en su estado pulverulento. Sigue M. Debray enumerando algunos compuestos del molibdeno, los que se propone estudiar mas detenidamente.

Después de otros trabajos presenta M. Bolard en nombre de M. Berthelot una Memoria importante sobre la síntesis de los carburos de hidrógeno. Esta Memoria comprende cuatro partes:

Transformación de los compuestos oxigenados del carbono en carburos de hidrógeno.

Transformación del sulfuro de carbono en carburo de hidrógeno.

Transformación de los cloruros de carbono en carburos de hidrógeno.

Formación de carburos de hidrógeno mas complicados por la acción del calor sobre los acetatos y leutiratos.

En todos sus experimentos ha tomado el autor como primeras materias sustancias del reino mineral. Hé aquí algunos pormenores sobre uno de ellos:

Se prepara el óxido de carbono calentando al rojo una mezcla de limaduras de hierro y de carbonato de barita. Se llenan de este gas 60 frascos de á litro que contengan potasa, y se mantienen á 100° durante tres semanas. Al cabo de este tiempo, la absorción del óxido de carbono y su transformación en formiato de potasa son completas. Se transforma el formiato de potasa en ácido fórmico, y luego en formiato de barita; se pone esta sal á la acción del calor, y se obtienen entre otros productos gas de los pantanos, gas oleificante y propileno. Estos dos últimos carburos se separan de los otros gases por la acción del bromo, después se regeneran de sus bromuros por los procedimientos de sustitución inversa, y se someten finalmente al análisis. Para mayor certeza se transforma el gas oleificante así regenerado en ácido sulfovinico, y en sulfovinato de barita.

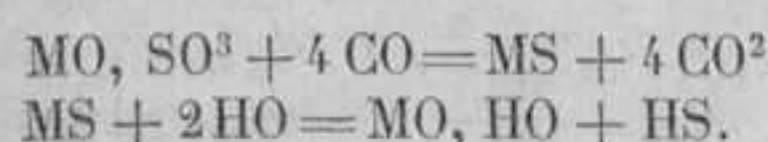


En la serie de los precedentes experimentos, dice el autor, el carbono contenido en el carbonato de barita, despues de haberse cambiado sucesivamente en óxido de carbono, formiato de potasa, ácido fórmico, formiato de barita, gas oleificante, bromuro de este gas; en gas oleificante segunda vez, y en ácido sulfovínico y sulfovínico de barita; despues de haber pasado por diez combinaciones seguidas, y tomado cinco veces el estado gaseoso, sin estar en contacto con ninguna sustancia orgánica, se encuentra definitivamente fijado en un compuesto orgánico, definido, cristalizado, cuya trasformacion en alcohol no presenta ninguna dificultad. Este experimento pues demuestra la formacion del alcohol por medio de elementos puramente minerales.

— Continúa la anterior Memoria de Berthelot sobre la síntesis de los carburos de hidrógeno. Los gases obtenidos por la destilacion del formiato de barita, que hemos visto, han sido obtenidos tambien por el autor por medio del sulfuro de carbono.

En la segunda parte de su trabajo, da algunos pormenores sobre la síntesis de los carburos alcohólicos, homólogos del gas oleificante, y sobre la benzina y naftalina, que pertenecen á otras series.

Sobre la accion del agua en vapor y el óxido de carbono sobre algunos sulfatos, por M. E. Jacquemin. Para obtener los óxidos de los metales alcalinos y alcalino-térreos, propone el autor tratar los sulfatos correspondientes por una mezcla de vapor de agua y óxido de carbono. Se desprende ácido carbónico é hidrógeno sulfurado: una pequeña parte de este se descompone, dando azufre libre, que es arrastrado por el vapor de agua. Las dos reacciones sucesivas se expresan en las siguientes fórmulas:



— Encontramos una nota de M. Beequere, sobre la medida de las temperaturas bajo de la superficie de la tierra, y en el aire á diversas alturas por medio de aparatos termo-eléctricos.

M. Ch. Drion lee otra sobre la dilatabilidad de los líquidos á temperaturas superiores á las de su ebullicion. M. Thilorier, dice en una nota publicada en 1835, atribuye al ácido carbónico líquido en 0 y 30° centígrados en coeficiente medio de dilatacion igual á 0.0142, esto es, cuádruplo casi del aire y los gases. Si este número es exacto, es muy probable que otros líquidos volátiles presentarán á temperaturas distantes de su punto de ebullicion coeficientes de dilatacion de la magnitud que el anterior. Segun experimento del autor, el hecho anunciado por Thilorier es general. Así, á temperaturas próximas á aquella en que los líquidos se trasforman enteramente en vapor en espacios reducidos, estos cuerpos tienen una dilatabilidad superior á la del aire, y los gases puestos bajo presiones poco diferentes de la presión atmosférica.

Concluye la sesion con dos Memorias sobre la acústica, presentadas por M. Zantedeschi, referentes á la teoria de los tubos sonoros, y otros trabajos mas ó menos importantes de distintos autores.

— M. Guibourt da una noticia minuciosa sobre el análisis de la sustancia llamada *trehala*, producida por un insecto de la familia de los gorgojos, sobre una planta del género *echinops* de las cinareas. Segun el autor esta sustancia consta de

Almidon.....	66-54
Goma.....	4-66
Azúcar y principio amargo..	28-80
	100-00

Además, hay que deducir de los números precedentes una cantidad bastante considerable de compuestos inorgánicos, representados por una ceniza que pesa 4-60 gramos, compuesta de

Sales solubles.....	3-0
Sales insolubles.....	1-4
Arena silicea....	0-2
	4-6

— M. J. Ch. d'Almeida, profesor en el Liceo Napoleon, manifiesta una nueva disposicion del estereoscopio para que las imágenes considerablemente aumentadas y visibles á muchos metros de distancia puedan percibirse de los diversos puntos de la sala donde se ejecute el experimento; pues los estereoscopos conocidos hasta el dia tienen el inconveniente de no presentar las imágenes sino á pocos observadores á la vez.

«Nota sobre el uso de las corrientes termoeléctricas para la medida de las temperaturas,» por M. A. Boutan. — Daremos idea del aparato que usa el autor, que es como sigue: Tomo, dice, tres hilos metálicos de pequeño diámetro, uno de platino y los otros dos de hierro, cuyos dos extremos están soldados á cada extremidad del de platino, que queda, por tanto, en medio: esta soldadura se hace por justa posicion á la temperatura á que se suelda el hierro sin intervencion de ningun otro metal mas fusible. Además, la soldadura ocupa solo un milímetro próximamente de longitud, procurando que las dos soldaduras sean todo lo iguales posible. Por otra parte, me valgo del galvanómetro, del aparato de Melloni; su hilo de cobre se pone en contacto por el tornillo de presión con las extremidades libres de mis dos hilos de hierro. En fin, en una capsula llena de mercurio sumerjo la bola de un pequeño termómetro construido con todo el esmero posible, y susceptible de indicar fracciones de grado centígrado. Contra la bola del termómetro se pone una de mis soldaduras, de tal suerte, que á causa de su pequeña masa y de su contacto inmediato participe de todas las variaciones de temperatura del termómetro mismo por mas bruscas que á veces puedan ser. La otra soldadura se dirige con la mano que sostiene los dos hilos, y es la que, sumergida en las diversas capas de líquido, debe ponerse en equilibrio de calor con ellas, y nos permite por consiguiente estimar su temperatura.

La descripción que se acaba de dar hace prever el empleo del instrumento. Ya se saben, por supuesto, las leyes que ri-

gen las corrientes termoeléctricas, segun que las soldaduras estén á la misma ó á distintas temperaturas, etc., etc.

Entre las obras presentadas á la Academia en esta sesion, debemos citar la *Noticia de los instrumentos de precision*, construidos por M. J. Salleron, que es un catálogo razonado, ó mejor dicho, un precioso manual del profesor de fisica. M. Salleron ha publicado la primera parte de su obra, la que se refiere á la Meteorologia; las demás asegura que seguirán despues. El catálogo de este autor contiene una descripción sucinta de cada instrumento, del juego de sus piezas, los detalles de su construcción y el modo de hacerle funcionar; una lámina bien grabada acompaña á la descripción. En esta noticia se encuentran preciosos pormenores sobre muchos aparatos nuevos, de los que no se hace mención en otros catálogos. Como prueba de este aserto, indicamos una máquina para dividir líneas rectas, construida segun un modelo de M. Froment, y cuyo manejo presenta numerosas ventajas sobre los que existen en las obras de fisica para los instrumentos del mismo género. Además, hallamos una coleccion de aparatos ozonométricos y otros instrumentos poco conocidos, como por los que se determinan las corrientes del magnetismo terrestre por los procedimientos de MM. Gauss y Weber.

— «Sobre la accion de los cloruros y los sulfatos alcalinos y térreos en el metamorfismo de las rocas sedimentarias,» por M. Ch. Sainte-Claire Deville. — El autor da á conocer en esta Memoria una serie de reacciones por las que ha llegado á reproducir artificialmente las principales variedades de las rocas metamórficas, operando á presiones que no exceden de una atmósfera. Hé aquí las mas interesantes:

*Calcáreas.* — Se toma un trozo de creta y se impregna, sin deformarle, de una disolucion de cloruro de magnesio y se le somete en un crisol de platino al calor de un baño de arena. Sobre los 100° se presenta reacción debida á la formacion de cierta cantidad de cloruro de calcio. La doble descomposicion tiene lugar, pero se detiene á cierto punto: por una sola operacion de este género pueden reemplazarse 6 á 7 por 100 de cal con su equivalente de magnesia; pero si se lava el fragmento para quitar la parte de cal calcárea formada, y se vuelve á impregnar una y otra vez de la disolucion del cloruro, se obtiene la sustitucion completa de la cal con la magnesia. El autor presenta á la Academia un trozo de creta que habia sufrido ocho operaciones sucesivas sin deformarse, y explica la serie de estas reacciones singulares.

*Arcillas.* — Si se toma arcilla pura, kaolin lavado, por ejemplo, y sin pulverizarle, se le humedece con una disolucion de cloruro de sodio, se seca lentamente y se calienta al rojo en un crisol de platino no se tarda en percibir vapores de ácido clorhídrico. Cuando cese el desprendimiento, la materia no dará al lavado traza de cloro. Si se impregna de nuevo de sal marina, y se hace una y otra vez la misma operacion, toda la masa, aunque no se haya calentado sino bajo su grado de fusion, se halla finamente granulada ó es laminar; su densidad indica tambien su estado de cristalización, raya fuertemente al vidrio y llega á ser fusible. Si se repite la misma operacion con el cloruro de calcio en vez del de sodio, tiene lugar el mismo fenómeno, bien que con mas facilidad, á una temperatura menos elevada, y el desprendimiento de ácido clorhídrico jamás va acompañado de cloro. Termina con las rocas silíceas, las que impregna con una disolucion mixta de cloruro de calcio y de magnesio, verificándose un fenómeno análogo á los anteriores.

— M. Duhamel lee una nueva parte de su Memoria sobre las temperaturas de los líquidos en movimiento.

M. de Quatrefages da cuenta de las observaciones que ha podido hacer en los departamentos del Mediodia, sobre las enfermedades de los gusanos de seda.

M. Baillon manifiesta los primeros resultados de su Estudio general del grupo de las euforbiáceas.

MM. Fonvielle y Deherain estudian la accion despolarizadora del agua oxigenada empleada como líquido excitador en la de uno ó de dos líquidos. Dan noticia de sus experimentos, y llegan á las consecuencias siguientes:

1ª El agua oxigenada se descompone bajo la influencia de la electricidad en oxígeno y agua, y por consiguiente refuerza la intensidad de las corrientes voltaicas.

2ª El valor de un líquido despolarizador parece depender de diversas circunstancias, entre las cuales son las mas importantes: su conductibilidad, su riqueza en principios comburentes, su facilidad para descomponerse, su facultad de disolver los gases ó los sólidos que, producidos por su descomposicion, pueden formar una capa no conductora sobre los electrodos.

— TUNEL SUBALPINO: — M. Manaebra, uno de los miembros mas distinguidos del Parlamento piemontés, ha remitido á la Academia de ciencias una interesante comunicacion sobre este asunto. Dijose meses atrás que se habia empezado la grande obra de abrir un tunel por debajo de los Alpes, entre Modane y Bardoneche, y los diarios trajeron algunos pormenores relativos al plan general de la obra; pero debemos recordar ahora algunos hechos interesantes que quizá no se hubiesen descubierto nunca á no ser por el método particular empleado en esta colosal operacion.

Nuestros lectores saben ya que Modane y Bardoneche están situados á los lados opuestos de la cadena alpina que separa el Piemonte de Francia y precisamente en un punto donde los valles de Arco y de Doira, que tienen á corta diferencia un mismo nivel, se extienden paralelamente estrechando la montaña cuyo espesor intermedio es de 13 kilómetros en línea recta; el tunel actual tendrá 12 y 1/2 kilómetros. Está trazado en el mismo plano vertical, pero para facilitar el desagüe, será un poco mas elevado del centro que de los orificios de manera que forme un ligero declive por ambos lados, que no excederá de cinco por ciento en el uno, mientras que por el otro será de 23 por ciento á consecuencia de una diferencia de nivel entre los dos extremos; los números son: Bardoneche (orificio sur), 1,324 metros; punto culminante, 1,335 metros; Modane (orificio norte), 1,940 metros sobre el nivel del mar. Siendo la cúspide de la montaña 1,600 metros mas alta que

el punto culminante, no podia procederse á la construcción de pozos, que es el método empleado generalmente á fin de poder empezar la perforacion de un tunel por varios puntos á la vez. Esta dificultad hacia que el tunel pudiese abrirse solamente por ambos extremos, de manera que la obra, segun el progreso ordinario del trabajo, no podia concluirse en menos de 36 años. Además, ¿cómo ventilar una galeria de tres ó cuatro kilómetros de longitud sin tener mas que un orificio? Estos eran obstáculos de consideracion.

Los señores Elras de Beaumont y Angelo Sismondu despues de examinar la montaña geológicamente, hallaron que contenia piedra arenosa, esquitas micáceas, cuarcito, yeso y piedra caliza, fáciles todas de barrenar, excepto el cuarcito, aunque es probable que la capa de este último no sea muy gruesa. Quedaban por resolver las otras dificultades que fueron al fin vencidas por los señores Sommeiller, Gratone y Grandis, ingenieros sardos, quienes se propusieron utilizar la abundancia de agua que hace notable aquella localidad, aplicándola á un sistema particular de perforacion y de ventilacion que trataremos de explicar.

El primer aparato inventado por estos señores consiste en un condensador hidráulico de aire que es un sifon con sus orificios hacia arriba, uno de los cuales comunica con una corriente de agua y el otro con un depósito de aire. El agua, al descender dentro del primer brazo, entra en el segundo, y con la presión que ejerce condensa el aire que se ve obligado á pasar al depósito. Despues de hecho esto se abre una válvula por la cual sale el agua contenida en el sifon, y en seguida se repite la misma operacion. Las válvulas de emision y de introduccion están reguladas por una pequeña máquina que funciona por medio de una columna de agua, mientras que el aire del depósito es mantenido á un grado constante de presión por una columna de agua que comunica con otro depósito que hay encima. De esta manera, con un salto de agua de 20 metros de altura, el aire es condensado al grado de seis atmósferas equivalentes á la presión de 62 metros de agua. Este aire condensado tiene dos objetos; primeramente es empleado como fuerza motriz, y despues para la ventilacion.

Háanse empleado dos clases de perforadores, movidos por aire condensado en vez de vapor, el uno inventado por M. Bartlett y el otro por M. Sommeiller; y la manera como estas máquinas llenan sus funciones ofrece la primera demostracion práctica de la posibilidad de emplear con ventaja el aire comprimido como motor. Por medio de estos perforadores se pueden practicar barrenos en la piedra sienita mas dura en una duodécima parte de tiempo del que se necesita por los medios ordinarios. A fin de poder comprender la importancia de este resultado debemos decir que, en la perforacion de un tunel, las tres cuartas partes del tiempo se pasan barrenando y el restante en cargar y volar los barrenos; por consiguiente acelerando la primera operacion se consigue una ventaja inmensa. Los perforadores tienen tambien otra ventaja; en un sitio donde apenas cabrian tres parejas de mineros pueden funcionar diez y ocho perforadores, de manera que con estas ingeniosas invenciones, como igualmente con las que se han aplicado para limpiar el terreno, la perforacion del tunel puede efectuarse en seis años en vez de 36.

El aire empleado como fuerza motriz sirve al mismo tiempo para ventilar la galeria, y eso que cuando esta tenga ya una profundidad considerable se necesitarán 85,924 metros cúbicos de aire para reemplazar el que habrá sido viciado por la respiracion, las antorchas y la pólvora. Esta cantidad, en la forma de 14,320 metros cúbicos de aire condensado á seis atmósferas, la podrá facilitar el depósito.

Háse observado un hecho nuevo y curioso durante estas obras, y es que cuando el aire condensado al grado arriba mencionado pasa de la máquina á la galeria, cualquiera cantidad de agua que haya junto á la primera se congela de repente, aunque la temperatura del ambiente este á 18 grados centígrados. Por consiguiente, cuando se arroje una gran masa de aire comprimido dentro de una galeria situada á 1,600 metros debajo de la superficie mas elevada de la tierra, donde la temperatura llega casi á 40 grados centígrados, la dilatacion del aire comprimido producirá una disminucion de temperatura suficiente para contrabalancear el exceso aludido. El actual progreso de perforacion es al presente de tres metros en ambos lados de la montaña ó sean seis metros diarios en total.

**Monumento conmemorativo**

DE LA BATALLA DE SAINT CAST EN FRANCIA.

Los bretones acaban de levantar en un sitio casi ignorado de su país un monumento conmemorativo. Hace cien años los ingleses, bajo el mando del comodoro Howe, desembarcados en la tierra armoricana, eran atacados por fuerzas improvisadas, y con gran trabajo pudieron volverse á sus buques fondeados no lejos de la orilla.

Hé aquí cómo pasaron las cosas en Saint-Cast el 11 de setiembre de 1758.

Dos años habian trascurrido despues del combate naval sostenido en Menorca por un marino breton la Gallissonière, cuando una flota británica trató de levantar el prestigio abatido del pabellon, y vengar al mismo tiempo á los corsarios ingleses tan perseguidos y maltratados por los bergantines armados en corso de Nantes y de Saint-Malo. Esta flota se presentó ante este último punto, y echó á tierra, bajo el mando del general Blich, un cuerpo de tropas de unos 12,000 hombres que se acamparon en la orilla derecha del Guildo, devastaron las cercanías, y amenazaron á la ciudad bretona con algunas piezas de artillería.

El duque de Aiguillon, gobernador de la Bretaña, tuvo noticia el 5 de setiembre de la presencia de los enemigos en el territorio francés, y mandó á los diferentes



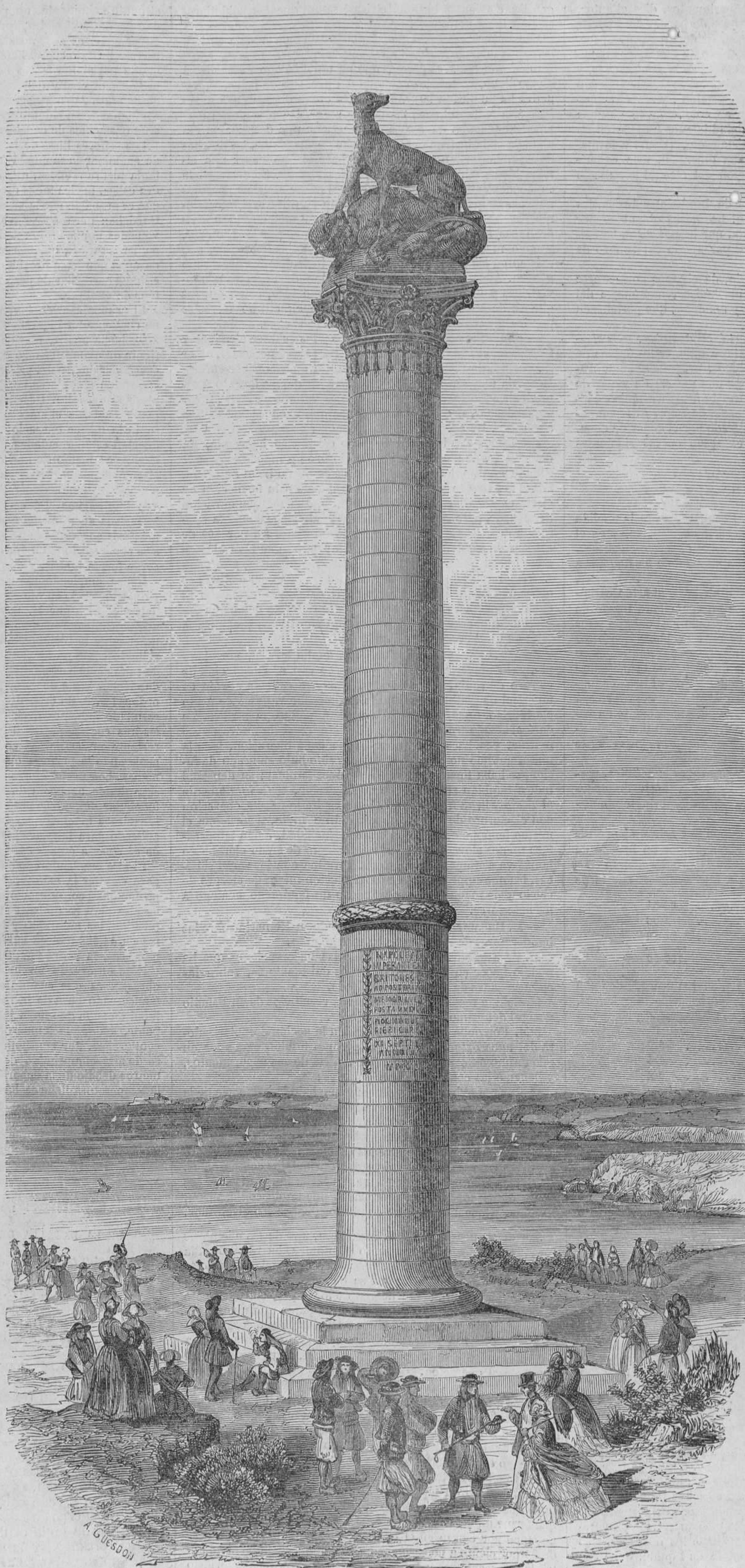
jefes militares de la provincia la orden de que reunieran y le enviaran sin tardanza todas las tropas que podian tener á su disposicion, exceptuando las que formaban las guarniciones de Belle Isle y Lorient, y las que estaban escalonadas en las costas. Pronto el duque tuvo á su disposicion un pequeño ejército compuesto como sigue: el regimiento de Brie, el batallón de la milicia de Marmande, un batallón del Boulonnais, cuatro batallones de Talaru, dos batallones de Royal-Vaisseau, dos de Brissac, dos de Borbon, tres de voluntarios extranjeros, uno de Penthievre, uno de la milicia de Fontenay-le-Compte, 600 dragones de Marboeuf y 3,500 guarda-costas.

En esta ocasion la nobleza de Bretaña dió nuevas pruebas de su valor y su adhesion al rey; un crecido número de nobles marcharon á la cabeza de los voluntarios, y otros acudieron el dia del combate cerca del duque de Aiguillon que los repartió con arreglo á sus planes.

A las once principi6 la batalla. Desde el molino de Ana, que existe todavía, el duque vigilaba los movimientos de su ejército, seguía las diversas peripecias de la lucha, y admiraba á sus her6icos soldados, que llevaban á la pelea jefes distinguidos. El ataque fué terrible, la resistencia desesperada; los ingleses fueron asaltados al mismo tiempo de flanco y de frente; primero se batieron de lejos con las balas, pero luego lo hicieron de cerca con las bayonetas y los sables; cayeron unos sobre otros, y los bretones no cesaron de herir y matar, en tanto que les hizo frente el enemigo. Los restos del ejército del general Bligh se fueron en derechura á los buques de la escuadra, que antes de la noche se dieron á la vela. Perecieron en la batalla 3,000 ingleses.

Los jefes de los cuerpos presentes á la batalla recibieron una gran medalla conmemorativa que les fué distribuida por los Estados de Bretaña.

Hemos dicho que el duque de Aiguillon desde lo alto de un molino observaba á los combatientes y dirigía á sus valerosos batallones. En aquella época se dijo sin embargo, que no habia contribuido en nada á la batalla, y que durante la accion se ocupó mas bien en echar requiebros á la molinera que en guiar sus tropas. La Chalotais dijo sobre esto: « Si en » Saint-Cast el duque de » Aiguillon no se cubrió » de gloria, al menos se » cubrió de harina; » pero este es un dicho de envidioso, y se debe tener por cierto que el duque no solo combinó el plan de la batalla de Saint-Cast, sino que desde su observatorio pudo asegurar el triunfo por órdenes dadas oportunamente, y á me-



MONUMENTO CONMEMORATIVO DEL COMBATE DE SAINT-CAST. — Costas del Norte (Francia.)

didaque se producian los incidentes de la lucha.

Un hecho de armas tan brillante debia quedar consagrado por medio de un monumento conmemorativo. Este monumento se sacó á concurso á principios del año actual; el jurado eligió el proyecto presentado por M. Bourgerel, arquitecto del departamento del Loira inferior; y hoy no lejos del molino histórico, precisamente en el mismo sitio en que fueron derrotados los ingleses, se eleva una columna de granito, — inaugurada el mismo dia del aniversario centenario, — que perpetuará el recuerdo de la gloriosa jornada del 11 de setiembre de 1758.

Esta columna se alza á media cuesta en el fondo de una hermosa bahía; al rededor hay zanjas que secan los ardientes rayos del sol, y que cubren á veces las olas tumultuosas del Océano; mas abajo hay dunas de arena agitadas, y luego el mar inmenso. Enfrente, al extremo de un promontorio casi cubierto por la bruma, se distingue Saint-Malo, y destacándose del continente se ve la silueta del *Grand-Bé*, islote donde Chateaubriand se abrió el sepulcro.

La columna tiene encima un grupo alegórico que representa el galgo breton aplastando al leopardo británico; descansa en tres gradas; su diámetro es de 1<sup>m</sup> 50, y su elevacion, comprendiendo el grupo, de 17<sup>m</sup> 60, ó sean 53 piés. A la tercera parte de su altura está ceñida por una corona de laureles. Bajo la corona hay cuatro inscripciones: en la una se consigna la derrota de los ingleses, la otra declara que los bretones elevaron ese monumento, y la tercera dice: « Señor, eres grande y haces las grandes cosas; ¡eres el único Dios!; » por último hé aquí la traduccion de la cuarta (las inscripciones están en latin): « Que la felicidad de la paz reine de un extremo á otro de la tierra y en todos los mares! » El grupo y el capitel son de fundicion.

El dibujo que publicamos nos dispensa de hacer una descripcion mas detallada de este monumento, que honra sobremano á los artistas bretones; al arquitecto M. Bourgerel y al escultor M. Grootaers, hijo. Efectivamente el estilo austero de esa columna se encuentra muy en armonia con el asunto y con el aspecto grave y solemne del pais. El grupo es tambien una obra notable; el galgo vencedor tiene un aire noble; fuerte y fiero tiene bajo sus patas al leopardo, que se tuerce en una convulsion suprema. Este ingenioso programa está perfectamente ejecutado. El grupo y el capitel han sido vaciados en el vasto establecimiento de M. Voruz, de Nantes.

O. M.